

*EL RINCÓN DE DON MIGUELITO*

*Personajes*

PRECIOSILLA, la gitana

RINCONETE, el pícaro

TOMÁS RODAJA, el licenciado Vidriera

LOPE DE VEGA, el Fénix de los Ingenios

LUIS DE GÓNGORA, el poeta culterano

LA ESPOSA

EL ESPOSO

LA HABLADORA

LA CAMACHA

CRISTINICA

EL BARBERO

EL SACRITÁN PASILLAS

EL FURRIEL

EL ALGUACIL

EL DE SANTA LUCÍA

EL ESCRIBANO

SANCHO PANZA

VOCES DIVERSAS Y GENTE DEL PUEBLO

Acción: en Madrid, un 23 de abril de 1616

## MOMENTO PRIMERO

*El escenario es una gran reja situada al foro frente al público. Reja afiligranada de un viejo caserón madrileño. Tras la gran reja, se ve el cielo. Las torres, los tejados de un barrio madrileño en el siglo xvii. Es un mirador abierto al aire libre, a la vida popular callejera, al ir y venir de las gentes por las Villa. La reja desciende hasta permitir ver el nivel de la calle, a la vez que su altura deja contemplar las lejanías de torres, tejados y cielo al fondo. Por ella entra la luz, el bullicio y el ritmo de la vida popular.*

*Tras de la reja, contemplando el mundo madrileño, un anciano decrepito se arrebujaba en sus mantas, recostado en un sillón frailuno, el rostro vuelto hacia la luz y el espacio de la calle con la ansiedad de una planta decrepita que sólo puede vivir merced a la luz que viene de fuera. A su alrededor, sombras informes de muebles, pesados cortinones, siluetas de imágenes. Todo parece ser la razón de la existencia de aquel anciano. Tras de su persona, el público va a asistir y a acompañar al espectáculo de este día de abril de 1916. Día luminoso de alegre sol y bullicio, que parece resucitar al anciano decrepito, habitante solitario del caserón.*

*Se ven pasar tras de la reja interminables personajes populares, muchos de ellos cantando pregones callejeros.*

UNA GITANILLA.— *(Con un gran ramo de flores.)* La Gitanilla... La Gitanilla...  
Rosas, claveles y jazmines. ¿Quién compra rosas, rositas de Alejandría?  
La Gitanilla. *(El pregón se pierde a lo lejos.)*

UN MUCHACHO.— Den, por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos... Den por Dios para la lámpara de aceite...

- UNA VOZ DE MUJER.— *(Airada.)* Cristinicaaaa... Muchacha... ¿Habré de bajar por ti, embrujada?... Cristinicaaaa...
- UN PÍCARO.— El esportillero... Aquí está el esportillero... ¿Quién precisa el esportillero...?
- UN FRAILE.— Limosna por el alma del que ayer fue ajusticiado... Den, hermanos, una limosna por el que ayer fue ajusticiado...
- OTRA VOZ DE MUJER.— Ya llegó la aloja fresquita... Con la nieve de la tierra, vecinas... Aloja fresquita, mochachas...
- OTRA VOZ DE MUJER.— La acerolera..., la acerolera...
- UN PREGÓN LEJANO.— *(Con tañido de caja.)* De orden del rey nuestro señor, que Dios guarde, al vecindario de la villa... *(Es casi inteligible.)*
- UN PÍCARO.— Hayan misericordia sus mercedes de aqueste pobre soldado que perdió el brazo en Flandes... Misericordia tengan y que Dios nos perdone a todos...
- VOZ VARONIL FUERTE.— El agua..., el agua fresquita... Vecinas, que traigo el agua fresquita...

*(El viejo escucha atento los pregones, medio escondido en su gran atalaya, y las voces populares parecen insuflarle nueva vida. Tiende el oído para escuchar, se incorpora para ver, siempre desde la penumbra. Ahora los pregones se entremezclan formando como una especie de niebla de sonidos que traducen la atmósfera vital de la calle.)*

- VOCES.— Rosas y claveles, la lámpara de aceite de... Aloja... Fresquita el agua... La gitanilla... Cristinica, mochacha... Del que ayer ajusticiaron... Fresquita l'agua... La acerolera... Del Rey nuestro Señor... Tengan misericordia... La gitani... La acerote... Agua, fresquita l'agua...

*(Las voces van descendiendo de tono, difuminándose y perdiendo sus sílabas hasta desaparecer. Sobreviene un momento de silencio casi antinatural. Entonces empiezan a doblar las campanas, redoble alegre de campanas que es contestado por otras campanas más alejadas, formándose una escala musical que se pierde en la lejanía. El viejo, al oír las campanas se santigua y parece reco-*

*gerse en la oración. De pronto, se ha detenido ante la reja aquella gitanilla que vendía flores. La mano cobriza de la gitanilla alarga hacia el rincón, donde reposa el viejo, un ramillete de flores.)*

LA GITANILLA.— Don Miguel... Mi seor don Miguel... Asómese un tantico su merced, don Miguelito.

DON MIGUEL.— *(Incorporándose sonriente hacia la muchacha)* Dios te guarde, muchacha, que ya estuve escuchando tus pregones...

LA GITANILLA.— ¿Vio su merced qué día tan hermoso nos regaló Dios? ¿Qué dice su merced y cuáles van sus achaquillos? ¿No me dirá que con aqueste sol le vienen aquellos fríos de la última vez que le vide? ¿Me oye su merced? ¿Y no me coge este ramillete que le guardé?

DON MIGUEL.— *(Alargando la mano para tomar las flores.)* Ha tiempo que te oigo, muchacha, que bien sabes tu ya, pícara, cuánto me huelgo de oírte. Dios te lo pague. Bonito es el ramo, sí. *(Lo huele.)* Fresco y...

LA GITANILLA.— Con el rocío de la mañana, don Miguelito... Cogido con aquesta mano mía. *(Caracolea su mano entre la reja y consigue coger la del viejo, que deja caer el ramo en su regazo.)* Ay, qué fría tiene la mano, don Miguelito... Ay, qué mano tan fría... Por Undivé que he de calentársela. Ay, madre, la temblequera. ¿No está bueno mi don Miguelito?

DON MIGUEL.— Aprieta, muchacha, aprieta. Ya siento el calor llegarme al corazón y a la cabeza...

LA GITANILLA.— ¿Lo siente? ¿No es Bernardina? Ay, aquesta mano tan rica, tan llena de buenaventura... *(Y estrepitosamente besa la mano de DON MIGUEL entre la reja.)* Dígame otra vez la buenaventura, don Miguelito...

DON MIGUEL.— ¿La buenaventura? ¿Yo te he de decir a ti la buenaventura?

LA GITANILLA.— *(Susurrante.)* ¿Acaso no me la dijo su merced otrora?

DON MIGUEL.— ¿Yo? ¿Cuándo te dije yo...?

LA GITANILLA.— *(Siempre susurrante.)* ¿Ya perdió la memoria? Pues la gitanilla se acuerda siempre de aquello que la dijo.

DON MIGUEL.— ¿Y qué te dije yo, pícara?

LA GITANILLA.— Que encontraría novio y que me desposaría...

DON MIGUEL.— *(Siguiendo la broma y totalmente animado.)* Y ¿acaso encontraste ese novio, mochacha?

LA GITANILLA.— (*Medio ensoñada.*) Díjome su merced que aquel novio había de ser payo, y por payo no podría entrar en mi rancho. Yo regaba el rancho de lágrimas, porque era un payo hermoso como el sol, de piel blanca...

DON MIGUEL.— Agora ya recuerdo... Y entonces...

LA GITANILLA.— (*Con tono misterioso.*) Entonces pasaba que yo no era gitana, que yo era dama noble como mi novio el payo. Nos desposábamos y éramos felices... y comíamos perdices... (*Esta última frase la ha dicho con rabiosa ironía.*)

DON MIGUEL.— Ya me acuerdo. Un cuento era...

LA GITANILLA.— (*Soltando de improviso la mano de DON MIGUEL.*) No... No era un cuento. No era un cuento, don Miguelito... No me diga que era un cuento aquello. Aquello era verdad. Lo sueño todos los días. A diario lo veo... No era un cuento, don Miguelito, que yo lo sé, pecadora de mí, Undivé lo sabe, que el payo ha de desposarme.

DON MIGUEL.— (*Un poco apesadumbrado.*) ¿Y por qué no ha de ser así, mo- chacha? ¿Por qué no ha de ser? ¿Por qué no te has de desposar con un hombre honrado? Lo has de ver, mochacha, y aún he de ser el padrino de tus hijos...

LA GITANILLA.— (*Pasando de la pesadumbre al entusiasmo.*) Así sea, don Miguelito... Padrino ha de ser de mis hijos, y compadres su merced y yo, por Undivé... (*Medio canturreando.*) Ay, qué madre, qué padre, que agüelo y qué nieto... Así será. ¿Verdad que sí, don Miguelito?

DON MIGUEL.— Tan verdad como el sol que nos alumbra...

LA GITANILLA.— (*Llena de alegría.*) Y que ya estoy viendo a don Miguelito cristianando a mi criatura y celebrando el bautismo a la orilla del río con rosquitas, aloja y aguardiente. Y ya me veo cantando aquello que tanto holgaba a su merced... (*Canta y bailotea.*) «Pisaré yo el polvo atán menudito, / pisarelo yo atán menudó...»

DON MIGUEL.— (*Riendo.*) Eres un demonio...

LA GITANILLA.— Y si no encuentro novio, don Miguelito, prepárese, porque me caso con su merced... Así, como lo oye... O compadre o marido, por Undivé que sea, pero que yo me he de emparentar con don Miguel de Cervantes Saavedra por el Dios Uno y Trino, que nos dio a todos el ser...

DON MIGUEL.— (*Riendo.*) Calla, loca, calla...

LA GITANILLA.— Y no se me esté ahí su merced como una lechuza, con perdón, que yo he de entrar en esa cueva y sacarle de las tinieblas como hizo aquella otra... ¿Cómo se llamaba, don Miguelito? ¿Cuál era su nombre?

DON MIGUEL.— No sé... ¿Quién?

LA GITANILLA.— Una gachí que bajó a las tinieblas para sacar a...

DON MIGUEL.— Será Proserpina...

LA GITANILLA.— Prose... ésa. Pues ésa voy a ser yo, porque no me huelgo de ver a don Miguelito tan enmantao, que quiero verle conmigo saltar y bailar, las zancas al aire, siendo mi marido o mi compadre...

DON MIGUEL.— *(Que se ha animado totalmente y no para de reír.)* Padrino de tu hijo he de ser...

LA GITANILLA.— Ea, pues, compadre, ahí se queda ya, que por la esquina estoy viendo a Carifancho, que viene en mi busca... Con Dios, compadre... Que no se me quede ahí, que he de venir luego y le he de sacar como aquella que dice usarced... Y hemos de ir a regocijarnos... Ea, compadre... *(Desaparece la GITANILLA y DON MIGUEL queda con el rostro clavado en los barrotes de la reja viéndola marchar.)*

DON MIGUEL.— *(Con la voz quebrada.)* Adiós, comadre... Y no te olvides de aqueste vejestorio... *(Se vuelve a tender en la silla frailuna y habla para sí.)* Ay, si fuera verdad, si no estuviera ya con el pie en el estribo...

*(Queda ensoñado el anciano en ese momento en que la calle está entregada al quehacer doméstico. Las mujeres van y vienen a sus compras. Los ciegos salmodian. Los artesanos trabajan. Se detiene ahora ante la reja aquel mozuelo rapado que va pidiendo limosna «para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía».)*

EL DE SANTA LUCÍA.— *(Parando ante la reja y muy rabioso.)* ¿No da su merced para la lámpara del aceite de la señora Santa Lucía? ¿No da su merced, don Miguelito?

DON MIGUEL.— *(Que ha despertado de su ensueño.)* Sí, hijo, sí, aguarda, a ver... *(Se busca con su única mano, entre la ropilla, una moneda.)* ¿Y qué te pasa, que estás tan malhumorado?

EL DE SANTA LUCÍA.— Pues no he de estar, voto al..., sino que ya tenemos ahí a ese furrier del demonio que no me deja pasar la calle...

DON MIGUEL.— *(Interesado.)* ¿Qué? ¿Qué? ¿De qué furrier hablas y de qué calle?

EL DE SANTA LUCÍA.— (*Más enfadado aún.*) Pues aún no se ha enterao su merced teniendo todo el teatro delante de sus narices...

DON MIGUEL.— Si no me explicas...

EL DE SANTA LUCÍA.— Pues no es de ayer, ni de hoy, sépalo su merced, que el maldito furrier, que Dios confunda una y mil veces, me prohíbe pasar por esa calle donde me dan buenas limosnas las señoras Camachas, que siempre fueron caritativas...

DON MIGUEL.— Así que ¿el furrier no te deja pasar la calle?

EL DE SANTA LUCÍA.— Por culpa de esa Cristinica de todos los diantres...

DON MIGUEL.— ¿Qué Cristinica?

EL DE SANTA LUCÍA.— Pues ¿qué Cristinica ha de ser, sino la moza de Teresa Cascajo, su vecina, que trae toda la calle al retortero por el aquel de sus pinreles?

DON MIGUEL.— Ah, ah..., agora ya voy entendiendo...

EL DE SANTA LUCÍA.— A buenas horas atiende su merced... Pues ni que todo el barrio no supiera ya que ese maldito soldado anda tras la Cristinica y no deja pasar a nadie para que no la requiebren, y ya ha escalabrado al sacristán de San Lorenzo, al barbero de la esquina, al mandadero de las monjas y hasta un gato que ronroneaba en la falda de la moza..., y a un servidor le ha dao una patada en salva sea la parte...

DON MIGUEL.— (*Muy divertido.*) Pardiez, que es guarda muy cuidadosa el tal furrier...

EL DE SANTA LUCÍA.— ¿Así no le ha de parecer mi enfado con razón suficiente a don Miguelito?

DON MIGUEL.— Sí me parece...

EL DE SANTA LUCÍA.— Y en tanto la guarda esa se mantenga no puedo recoger la limosna de las Camachas...

DON MIGUEL.— Bueno, para que te consueles, toma aquesta monedita... (*Saca su mano entre los barrotes e introduce la moneda en la caja del pedigüño.*) Aunque a mí se me antoja que tu enfado tiene otros motivos, que la falta de limosna...

EL DE SANTA LUCÍA.— (*Muy airado.*) ¿Qué otros motivos había de tener?

DON MIGUEL.— Se me figura que tú también andas tras esa Cristinica...

EL DE SANTA LUCÍA.— (*Hecho una furia.*) ¿Yo? ¿Un servidor? ¿Tras de esa sucia y deshonesto? Libreme Dios, que antes de eso me había de meter cartujo... (*Vase deprisa.*) Dice que yo...



DON MIGUEL.— (*Risueño y apoyado en la reja.*) Válame Dios, qué hermosos entremeses se zurcen por las calles. Dírame Dios nuevas fuerzas, para entrar yo también en el juego... (*Se detiene al ver ahora a alguien que se acerca, alguien al parecer temible, porque intenta, con paso torpe, huir adentro para esquivar la nueva visita, que no es ni más ni menos que la «MUJER HABLADORA».*)

LA HABLADORA.— (*Una dama metida en carnes, nerviosa, la toca ladeada que se agarra a la reja y habla como disparando arcabuzazos.*) No se me vaya, don Miguel, no se me vaya, que le he de decir unas cuantas cosas, muchas cosas, muchísimas, verá su merced, que lo que no pasa en un año pasa en un día. ¿Digo en un día?... En una hora, pasa. Pues si que... Bendito sea Dios y su Madre santísima, sin pecado concebida sea amén, lo que habemos de ver en aquestos barrios, que dicen de cristianos viejos. ¿Cristianos viejos? yo pregunto, pero ni aún nuevos, ni cristianos, sino de moros, que lo que pasa es lo que pasa, Dios sea bendito, porque esto no son calles. ¿Han de ser calle? Muladares son, patio de Monipodio son, don Miguel de todos mis respetos, patio de Monipodio. (*Metiendo la cabeza ahora entre los hierros.*) Pero ¿dónde se me esconde, don Miguel? ¿Usarced me está oyendo? ¿O dióle la alfarería? Habré de ir a por el boticario... (*DON MIGUEL está hecho un ovillo al pie del sillón para protegerse de la andanada de la vieja.*) Pues ¿qué me dice de la Chirinos, la Chirinos, la cómica del siete? ¿Supo su merced que salió azotada por las calles de Ciudad Real? Ésa, la Chirinos. Así como le estoy diciendo, que aquí está mi comadre, la pollera de Illescas, que no ha de dejar mentir, pues que la vio sagitaria por las calles, con pregonero y espantamoscas, así como su merced lo oye... Y la Repulida, que apartose de Cañamar y anda amancebada con un guro de Toledo. Vea, su merced, la que tanto presumía... Ah, y que ya me olvidaba, que doña Mencía pretende que su merced le escriba un memorial para haber plaza en un asilo... Doña Mencía, que tanto se ufanaba de caudales... Vanitas vanitatis... Y es que, pecadora de mí, yo digo... (*Viendo que DON MIGUEL no da señales de vida.*) Don Miguel, don Miguel... ¿No me está oyendo? Nada, que no me oye... Aqueste hombre ya está en la tumba. Y no será porque hable bajo... (*Para sí.*) Tendré que repetírselo. Tendré que volver a empezar, cuando a una no le gusta abusar de las palabras... (*Pero ha visto a alguien que se acerca por la calle.*) Ahí viene

María la Camacha... Eh, eh, doña María, escuche lo que he de decirle... *(Se aleja la HABLADORA con su parloteo de cotorra formando acordes de diversos tonos que suben y bajan. DON MIGUEL, al comprobar que ya se ha marchado, vuelve a incorporarse no sin cierto temor y mete las narices entre la reja para comprobar si efectivamente se ha alejado. El muñón del brazo cuelga como un guiñapo al resbalar la manta con que se cubría.)*

DON MIGUEL.— Se fue, se fue..., gracias a Dios sean dadas... Válgame Cristo que esta mujer tan habladora hubiera debido casarse con otro como ella y eso, para que la sirviera de medicina, pues mil mordazas son insuficientes para detener lengua tan pecadora... Ahí está agora con María la Camacha, pero ya echa el ojo a Teresa Cascajo, que va a la plaza y tras ella la marcha. No hay mayor pregonera en Madrid que semejante habladora. Ah, mas aquí viene mi buen amigo don Tomás Rodaja... Eh, eh, ¿do va mi buen amigo don Tomás Rodaja tan de mañana?

*(Se ha detenido entre la reja un curioso tipo alto y tieso como una espátula, muy pulcramente vestido con fina gorguera de Flandes y terciopelo pulido. Rostro ascético y grave.)*

TOMÁS RODAJA.— *(Saludando.)* Mi seor don Miguel de Cervantes, a quien Dios guarde...

DON MIGUEL.— ¿Qué cuenta mi buen licenciado Rodaja? ¿Y cómo va su merced en los achaques del vidrio?

TOMÁS RODAJA.— *(Muy tieso.)* Véame su merced y tóqueme si puede. Pero desde que me puede contemplar cabe su reja y aún bajo el alero, sin que haya ningún temor a que me caiga una teja y que me quiebre en mil pedazos, ergo...

DON MIGUEL.— Luego ¿queréis decir, mi señor Rodaja, que ya no resultáis de vidrio, sino de carne moral y pecadora?

TOMÁS RODAJA.— Vayamos por partes, mi señor don Miguel y no lleguemos a la «segunda» sin deducir la «primera». De vidrio sigo siendo...

DON MIGUEL.— Ah, luego si seguís siendo de vidrio, ¿cómo no habéis temor a que os quiebren? No ha mucho que os vi caminar bien alejado de los aleros y apartando a los chiquillos...

TOMÁS RODAJA.— (*Deteniéndole con un gesto solemne de su mano.*) Pues verá, don Miguel, que aun siendo todavía de vidrio y aun de vidrio fino, siéntome menos frágil que antaño... (*Y al decir esto mueve los brazos con gracia y se contonea con picardía.*)

DON MIGUEL.— Mas porque vengáis a sentirnos menos frágil no dejáis de estar compuesto por una sustancia harto quebradiza...

TOMÁS RODAJA.— (*Metiendo la cabeza entre los hierros.*) A mi buen amigo don Miguel de Cervantes bien puedo brindarle el secretillo...

DON MIGUEL.— Ah, ¿pero hay secretillo?

TOMÁS RODAJA.— Pues verá su merced... Un cierto alquimista toledano, deudo de un mi amigo, me proveyó de cierta sustancia gracias a la cual puedo continuar siendo de vidrio fino sin temor a romperme, pues que la sustancia en cuestión añade al cristal una nota de dureza sin menoscabar sus virtudes de transparencia y ligereza...

DON MIGUEL.— (*Siguiéndole el juego.*) Hola, hola..., bravo por el tal alquimista...

TOMÁS RODAJA.— (*Poniéndose un dedo en los labios y mirando de reojo la calle.*) Chiss... No le mencione su merced, pues ha de saber que el tal alquimista anda ya señalado por los de la Cruz Verde, que le acusan de erasmista...

DON MIGUEL.— Cabía suponerlo...

TOMÁS RODAJA.— (*Cruzándose de brazos con aire de emperador romano.*) Contemple, pues, esta imagen de vidrio, que deja pasar el sol a su través, sin que cosa alguna pueda dañarlo y menos quebrantarlo. Pues ¿no ve cómo el sol le está dando en la cara sin que mi cuerpo lo eclipse?

DON MIGUEL.— (*Que precisamente está cubierto por la sombra del cuerpo de Rodaja.*) Ciertamente así es y aún habría de taparme los ojos, si dispusiera de dos manos, para librarme de los rayos que me ciegan y que pasan a su través cristalino...

TOMÁS RODAJA.— (*Muy satisfecho.*) Así agora puedo andar con soltura, sin miedo a romperme y aún más puedo servir de espejo a las damas... Y tiempo es que me perdone, mi buen don Miguelito, pero ya me aguardan en el estrado de doña Estrella de la Aurora...

DON MIGUEL.— Vaya, vaya con Dios y lleve mi enhorabuena por haber alcanzado tan buena contextura... (*Saluda con su única mano entre la reja al licenciado vidriera, que marcha.*) Váleme Dios también éste

cómo sigue... Decía que no me quitaba el sol y no parecía sino Alejandro al darme tanta sombra... (*Tose.*) Ya me vuelve la tos maldita... Mas sin duda que tiene gracia el mancebo... Tiene gracia con eso del cristal irrompible... Pero ¿cómo? ¿A quién estoy viendo ahora? ¿No es mi viejo amigo Rinconete ese aguador que se contonea con la cántara? Eh, eh, mozo, el del agua, lléguese acá...

*(Aparece ahora tras las rejas aquel RINCONETE, mozo pícaro, que ya anda rondando los treinta años de su vida dura, los cuales se revelan en su rostro de tez cobriza, su retorcida pelambre y sus ojos astutos y achinados.)*

RINCONETE.— Mande, su merced...

DON MIGUEL.— (*Observándole atentamente.*) Un trago quisiera de esa agua fresquita...

RINCONETE.— Agua fresca de los pozos de la nieve, seor caballero, con su gotita de anisete... (*Mientras habla ya ha llenado el vaso de barro que ofrece a DON MIGUEL.*) Ambrosía pura...

DON MIGUEL.— (*Bebiendo y sin dejar de observar al mozo.*) Fresca y rica está, por cierto... Ha tiempo que no probaba agua tan pura... (*Fijando sus ojillos en el imperturbable pícaro.*) Desde que bebí un agua de Babilonia, de Sevilla, quiero decir, del río Guadalquivir...

RINCONETE.— (*Que muy astuto, sigue imperturbable.*) Aquésta es de la sierra, de los neveros. Si quiere otro vaso, dígalo su merced, y si no lo placiera aquí espero su voluntad... (*DON MIGUEL le tiende una moneda, y al cogerla, el otro le agarra fuertemente del brazo.*) ¿Qué hace su merced?

DON MIGUEL.— No te me escapes tan presto, Rinconete, que tú y yo somos viejos amigos...

RINCONETE.— (*Debatiéndose.*) Suélteme, por Dios, caballero, que no soy ese que dice su merced que soy...

DON MIGUEL.— ¿Quién eres sino Rinconete, el compañero de aquel Cortadillo que en Babilonia aprendía las artes de Monipodio? Nunca me engañaron mis «columbres»...

RINCONETE.— Por el Dios que nos alumbrá, mi seor caballero, que no soy ese que dice, que soy Agustinillo el de las Pañuelas, aguador de la villa con patente del señor alcalde... Por éstas se lo juro y...

DON MIGUEL.— (*Cariñosamente.*) Rinconete, Rinconete, ¿es que ya no te acuerdas de tu amigo el manco? (*Y muestra el muñón de su brazo cortado.*)

RINCONETE.— ¿Qué manco? Muchos mancos hay por el mundo, a fe... Pero le juro y perjuro, así Dios me salve, que yo no soy otro que Agustinito el de las Pañuelas y hartos habrá que abonen lo que digo. Y suéltame luego, que he de pregonar mi mercancía...

DON MIGUEL.— No, no te he de soltar antes de que me cuentes tu historia desde que saliste graduado de la escuela de Monipodio, que yo he de escribir una crónica de tu gloriosa vida, pícaro...

RINCONETE.— (*Forcejeando levemente mientras el viejo le sujeta con su mano de hierro.*) Excúseme le digo, seor manco, que no he tiempo para historias, ni soy ese que dice su merced, ni conozco a ese Monipodio, ni en jamás de los jamases estuve en Babi..., digo en Sevilla...

DON MIGUEL.— Ah, gran embusterillo, habré de refrescarte yo esa memoria. Dime, ¿qué fue de tu maestro?

RINCONETE.— (*Que empieza a incomodarse.*) Y dale con la historia del viejo... Pues ¿cómo habré de decirle...? (*Dando un fuerte tirón.*) Me suelte de una vez o por el Coime de las Clareas que... (*Casi está a punto de desembarazarse, pero el viejo vuelve a agarrarle.*)

DON MIGUEL.— ¿Acaso andas de nuevo perseguido? Yo no he de hacerte mal alguno, mochacho... Por el contrario...

RINCONETE.— Viejo testarudo, ahí te quedas que no me has de hacer cantar en el ansia... (*Y da tan fuerte tirón que se suelta, a la vez que el anciano, a consecuencia de la embestida, rueda por el suelo. Se oye entonces alboroto, voces diversas que gritan: «A ese, coged a ese pícaro... El que huye...».* Mientras tanto, con gran trabajo DON MIGUEL se incorpora cuando trae a RINCONETE un ALGUACIL cogiéndole por la muñeca. Tras ellos se adivina un bulto de gente curiosa y susurrante.)

ALGUACIL.— (*Ante la reja.*) Agora sabremos, don pícaro, porque os volviste galgo en despegándoos de aquesta reja... Señor don Miguel de Cervantes, aquí tiene su merced al pícaro. Sólo falta su declaración para que le mandemos al verdugo, por si quisiera pintarle unas cuantas fajas rojas en las espaldas, si no fuera merecedor del finibustierre.

DON MIGUEL.— (*Repuesto ya de la caída.*) Válame Dios y la Virgen, señor justicia, y cuánto alboroto por nada...

ALGUACIL.— *(Sujetando a RINCONETE, que tiembla.)* ¿Pues qué? ¿Acaso este picaro no le vino a robar alguna cosa?

DON MIGUEL.— Qué disparate... Amigo mío es...

ALGUACIL.— ¿Aqueste...?

*(Se oyen voces de desencanto entre los curiosos.)*

DON MIGUEL.— *(Con mucha sorna.)* Ha tiempo que le conozco. Discutíamos como amigos y él no quiso escucharme...

ALGUACIL.— Luego ¿abonáis en su favor?

RINCONETE.— *(Que se ha tranquilizado.)* Pues no ha días y aun meses que al señor de Cervantes le sirvo agua...

ALGUACIL.— Buena agua estás tú hecho...

DON MIGUEL.— *(Subrayando con sorna.)* Aquéste es Agustín de las Pañuelas, aguador de oficio con cédula de la villa..., y así lo abono.

ALGUACIL.— Basta ya. Lo que diga don Miguel de Cervantes basta y sobra para no haber menester probarlo... *(Con una cortesana inclinación.)* A su servicio me tendrá siempre...

DON MIGUEL.— Vaya con Dios y le agradezco su celo...

ALGUACIL.— Pues a mí esa cara... *(Sale junto con los demás y quedan de nuevo a solas RINCONETE y CERVANTES.)*

DON MIGUEL.— Por aquesta vez te libraste, Rinconete...

RINCONETE.— Agustínillo...

DON MIGUEL.— ¿Y yo quién soy?

RINCONETE.— El que vos digáis...

DON MIGUEL.— ¿No quieres reconocerme?

RINCONETE.— Servirle quiero en lo que mande, pues me libró del guro...

DON MIGUEL.— Noticias quiero de aquel Rinconete, que con su compadre Cortadillo andaba al cairo por los corrales sevillanos en otros tiempos... Pensé que tú eras el tal y volvías de las gurapas...

RINCONETE.— En treinta años que son los míos en jamás vide un puerto de mar, cuanti menos pude apalear sardinas en el barco de las gurapas, ni mis lomos conocieron más corbacho de cómitre que la carga de aqueste cántaro con el que me gano la vida como el hombre honrado que soy, Agustínillo el de las Pañuelas, aguador de oficio, y mire señor que si no se le ofrece otra cosa, me deje marchar que ya me causó bastante quebrante en aqueste día que Dios confunda...

DON MIGUEL.— *(Dubitativo.)* Creí ver en ti un viejo amigo de andanzas. Excúsame, hijo, si estoy equivocado. No quería más que favorecerte...

RINCONETE.— Pues si desea favorecerme licencia, estoy esperando parairme...

DON MIGUEL.— *(Derrumbado.)* Ve, hijo, ve y que Dios te acompañe...

RINCONETE.— Y que el señor se conserve en buena salud y que Santa Lucía le conserve la vista... *(Pregonando.)* Agua, agua de la sierra... Fresquita el agua... El aguadoor... *(Una vez se ha alejado, DON MIGUEL permanece pensativo con la frente apoyada sobre la reja.)*

DON MIGUEL.— Ya comienza a írseme la memoria y confundo las caras, lo cual nunca me aconteció hasta agora. Signo es de decrepitud y próxima muerte el confundirse del mundo... Mas es posible que el pícaro mienta... ¿Y si fuere cierto, Miguel, que ya no ves el mundo con claridad? Y tantas siguen siendo las ansias y tanto la vida aún tira de mí...

*(Sobre la reja, la sombra oscura del viejo parece querer abarcar los horizontes. Lejanos se oyen todavía los pregones. El sol se ha oscurecido tras una nube y hay como un redoble mortuario. El viejo se retira lentamente de la reja para dejarse caer nuevamente en el sillón, muy agotado y deprimido por el fallo del aguador. Pero ahora aparece ante la reja otro personaje. Es un elegante clérigo, de edad madura, remilgado y apuesto, melena casi negra y barbita entrecana. Ojos chispeantes. Cuerpo jacarandoso envuelto en el rico manteo.)*

LOPE DE VEGA.— *(Qué tal es el personaje.)* Salve, magíster... *(Suena su voz irónica y sus labios se extienden en una sonrisa un tanto maligna.)*

DON MIGUEL.— *(Que se había recogido en sí, al levantar la cabeza reconoce al colega y hace ademán de levantarse.)* Señor don Lope de Vega, honorable señor... Corro a abrirle la puerta...

LOPE DE VEGA.— *(Deteniéndole con un gesto condescendiente de emperador romano.)* No, no se moleste, seor de Cervantes, que voy con harta priesa... Me esperan los cómicos, La Polaca y Chanfalla en la Pacheca..., y no tengo lugar ni tiempo. Sólo quería nuevas de su salud. ¿Cómo anda esa cabeza?

DON MIGUEL.— (*Extremadamente modesto ante el Fénix de los Ingenios.*)

Mas no he de permitir que mi seor don Lope quede en la puerta...

LOPE DE VEGA.— (*Sin hacer caso.*) ¿Cómo andan esos achaques? ¿Duerme bien mi seor Cervantes? ¿Concluyó algún nuevo entremés?

DON MIGUEL.— Agradezco al famoso don Lope de Vega su interés por un viejo que ya tiene el pie en el estribo. ¿Qué quiere que componga un cascajo como yo?

LOPE DE VEGA.— (*Hinchado de condescendencia.*) Beatus ille... Beatus, sí, en las deleitosas soledades, mi don Miguel, envidia le tengo, pues aqueste su servidor ha de andar de zeca en meca con hartos quebrantos y desasosiegos. Como le digo, voy a la Pacheca, donde ensayan mi nueva comedia y luego de allí a la función del Palacio de Alba, donde juegan mi comedia, «Los Melindres de Belisa»... Y ya sabrá su merced que mi otra comedia, «La niña boba», va a ser representada en el bautizo del infante de Portugal. Con todo aquesto y mi obligación de capellán, no tengo ni un minuto de tiempo para mi solaz... (*Suspiro hondo.*) Y las comedias he de escribirlas «in mente», para luego trasladarlas al papel en horas veinticuatro, que es como pasan de las musas al teatro... (*Risilla sardónica.*)

DON MIGUEL.— Fénix de los Ingenios llaman a su merced con harta razón y aún debieran llamarle monstruo... de la naturaleza, por su extremada fecundidad...

LOPE DE VEGA.— Luego está la Mendoza pidiéndome una nueva comedia y tengo las dos primeras jornadas de una que voy a llamar «Moza de cántaro», por más que ella se precie de dama. (*Fingiendo modestia.*) Quisicosas, don Miguel, quisicosas del vulgo para dar gusto... Y mi señor de Cervantes, ¿qué hizo de aquellos graciosos entremeses que guardaba el baúl ese que ahí veo? (*Su dedo ganchudo señala el baúl que hay junto a la silla donde se sienta* CERVANTES.)

DON MIGUEL.— (*Tal vez un tanto malignamente.*) ¿Qué entremeses? ¿A do habrán ido a parar tales papeles, si no están ya en el buche de los ratones? Pues en aquesta casa los tales no tienen de qué sustentarse si no es de papeles viejos y ya inservibles...

LOPE DE VEGA.— (*Riendo.*) Humor tiene mi señor don Miguel, buena señal de que los achaques no son tantos. Pero cuide de que esos papeles no vayan a indigestar a los pobres ratones y, sobre todo, mi señor de Cervantes,



procure que no vayan a dar con algún mamotreto de aquel Quijote, que anda perdido por ahí, a salvo del lugar adonde fue a parar en su día...

DON MIGUEL.— (*Interrumpiéndole sin ocultar su molestia.*) Rogaría a mi admirado don Lope que no viniera a recordarme lo que un viejo como yo tiene harto olvidado...

LOPE DE VEGA.— Sólo quería evitar un sacrilegio raticida, mi admirado magíster, pues yo mismo tengo a honra salvar de los muladares esos ejemplares quijotescos, cuando encuentro alguno de ellos herido por injurias corporales... (*Se detiene ante la postración de DON MIGUEL y cambia de tono.*) Pero, vaya, que me ha de perdonar, aunque mucho me holgaría conversar con su merced tranquilamente y tomar un chocolate, para que me leyera uno de aquellos graciosos entremeses callejeros que componía no ha muchos años y que no han visto la luz...

DON MIGUEL.— Ni han de verla en tanto que el faro de su entendimiento, señor don Lope, oscurezca cualquier producto del genio humano...

LOPE DE VEGA.— Tales elogios, señor de Cervantes, me suenan a lisonja vana y los doy por no escuchados...

DON MIGUEL.— Sincero soy, y si su extremada modestia los toma por lisonja, no me queda sino pedirle excusas...

LOPE DE VEGA.— Vano sería por mi parte aceptar excusas de quien me merece respeto... por los años. (*Brusco.*) Y agora ha de perdonarme, pues ya tardo en mi menester... He de ir a pelear con aquellos cómicos del demonio y luego me esperan los mosqueteros del Corral de la Pacheca... Dios le guarde, mi admirado magíster...

DON MIGUEL.— (*Tendiéndole la mano entre la reja.*) Vaya, vaya, mi señor don Lope donde tanto le requieren, que mayor fruto ha de sacar de esos salones que de la compañía de un viejo que, por sus años, sólo merece respeto...

LOPE DE VEGA.— (*Condescendiente una vez más.*) Tiempo habrá empero, mi don Miguel, para que algún día ambos a dos podamos platicar en las soledades deleitosas de las que vengo y a las que voy... (*Se despide y desaparece. DON MIGUEL queda contemplando su marcha tras la reja y a poco se oyen los siguientes vítores y clamores: «Ahí va Lope... Ése es Lope... Viva Lopee... Cristianica, mochacha, que por ahí va Lope, Lope, Lope...».*)

*(DON MIGUEL se queda contemplando y escuchando. Mueve la cabeza apesadumbrado, mientras sigue oyéndose aquel «Viva Lope». DON MIGUEL se retira de la reja y camina con cansancio hacia aquella arquilla que le señalaba Lope. La abre con gran trabajo y mete la mano en el fondo, rebuscando. Saca varios legajos, que observa, hasta que por fin coge uno. Lo sacude. Lo hojea y vuelve a la reja. A la luz de la reja lee:)*

DON MIGUEL.— «La cueva de Salamanca»... «La guarda cuidadosa»... «El viejo celoso»... «Los habladores»... *(Dejando caer el manuscrito.)* Pues cuando menos los ratones sí que los perdonaron... *(Se oscurece la escena.)*

## MOMENTO SEGUNDO

*Quedose dormido el venerable anciano y aquel legajo de los «entremeses» cayó al suelo. El sol, otra vez brillante, está alcanzando el cenit del medio día y ya las campanas del «Angelus» tintinean sobre la villa. Mas el anciano continúa sumergido en el sueño y hay en su inmovilidad apariencias de muerte. Bajo el tintineo de las campanas aún se oyen pregones y rumores. Tras la gran reja sigue pasando la vida, aunque nadie se detenga ahora. Es el redoble de una caja y un bullicio progresivo lo que despabilará al viejo y le arrastrará de nuevo a la vida –la gran reja– para asistir a un nuevo espectáculo. La caja redobla siniestra aunque en la lejanía.*

VOCES DIVERSAS.— Azotados... Traen azotados por Atocha... ¿A quién azotan?... ¿Tú lo conoces?... ¿Hombre o mujer?... Ya era hora, que no se ven desde Pascuas a Ramos... Un capeador... Un rufián es... etcétera...  
(*Los CHIQUILLOS gritan alborotados ante la gran fiesta.*)

DON MIGUEL.— (*Restregándole los ojos con su mano útil y apostándose de nuevo junto a la reja.*) ¿Qué pasa agora?... Azotados parece que vienen y tiempo hacía que no pasaba ninguno... ¿Quién será ese que sin ser Cardenal preside un cónclave? Si anduviera por acá la temible habladora, presto me habría de dar noticia, pero con unregonero basta y sobra...  
(*Va aumentando el redoble de la caja.*) Eh, tú, mochacha, dime: ¿a quién azotan?

CRISTINICA.— (*Que no es otra la muchacha interpelada.*) Malhaya la hora, que no está una para azotados, ni a una le va ni le viene, seor caballero, en quién es o deja de ser, que harto tengo con lo mío, para hacer cuenta

de otras injusticias; váleme Dios Bendito y la Virgen María... *(Y con esto, detenida ante la reja, la muchacha rompe a llorar.)*

DON MIGUEL.— Pero ¿qué te pasa, mochacha? ¿Acaso es deudo tuyo el azotado? Pues ¿a qué vienen esas lágrimas?

CRISTINICA.— ¿A qué han de venir, así Dios me salve? Pues que no puedo llegarme a casa de mi ama, por culpa de aquel soldadote que Dios confunda, que no me da paso y cierra mi calle...

DON MIGUEL.— Ah, ¿luego tú eres Cristinica, la de la guardia custodia?

CRISTINICA.— *(Sollozando desconsolada.)* Ésa soy, señor, y malos años me coman, pues siendo honesta como pocas he de andar en leguas de las vecindonas por culpa ese furrier maldito, que agora anda dándose de cintarazos con el sacristán Pasillas. Y mire su merced que mi ama está esperando, pues fui a comprar unos ajos para el potaje y como no puedo pasar por la esquina agora con la procesión de azotados, tampoco puedo doblar por Atocha... Y mi ama...

DON MIGUEL.— No te inquietes, mochacha... Sosiégate y no sufras, que no ha de llegar la sangre al río porque Dios te diera prendas suficientes con que los hombres enloquezcan por tus huesos...

CRISTINICA.— *(Volviéndose airada a DON MIGUEL.)* Vuesa merced también con el mismo tema... ¿Qué habrá hecho esta pobre Cristinica para merecer tanta desgracia? Sólo falta que también vuesa merced pretenda deshonrarme...

DON MIGUEL.— Mochacha, ¿qué dices de deshonrarme, ni quién trata de deshonrarte?

CRISTINICA.— Pues ¿qué mayor deshonra que dos hombres se anden dando de cuchilladas por una? ¿Ni qué hizo aquesta servidora para ser...?

DON MIGUEL.— Una nueva Helena de Troya, ni más ni menos, Cristinica...

CRISTINICA.— Ea... Ahí se queda, seor caballero, con sus pullas, que ya habrá otra, y aun otras, que se las traguen, y no aquesta pobre moza, pero honesta como la que más, entérese viejo verde...

DON MIGUEL.— Pero ven acá, mochacha..., que...

*(En efecto ya se arremolina la gente para presenciar el paso del cortejo justiciero. Ya la caja redobla con fuerza, y en las pausas, la voz del PREGONERO y el azote del verdugo sobre las espaldas criminales.)*

DON MIGUEL.— *(Dejando de consolar a la atribulada moza, que sigue encogida junto a la reja.)* Váleme Dios y quien será el desgraciado del pollino... Eh, eh, señora Camacha, eh...

LA CAMACHA.— *(Una dueña envuelta en un manto. Llegándose hasta la reja.)* Seor don Miguelito de mi alma, que creí que no llegaba hasta su vera... *(Mostrando bajo el manto el bulto de un puchero.)* Traile un cocidito caliente para que se repusiera su merced y con el ferial de los azotados... y *(Mirando a CRISTINICA con reconvención.)* con los enredos de la moza, que ha convertido mi calle en redondel de toros... *(Encarándose con la moza.)* Arriba del pollino tenías que estar tú, desvergonzada... *(A DON MIGUEL.)* Pues le decía que...

*(Su voz se pierde entre el gran estruendo del tambor. Habla y gesticula la vieja CAMACHA sin que DON MIGUEL pueda enterarse un palote de lo que dice, siempre mostrándole aquel puchero. En tanto, la pobre CRISTINICA sigue su lloro y pataleo de rabia. Pero lo que se oye ahora cubriéndolo todo —la reja llena de sombras entre siniestras y festivas— es la voz del PREGONERO.)*

PREGONERO.— Ésta es la justicia... que manda hacer... el Rey nuestro Señor... en este hombre... por rufián y rufián y rufián... ordena el señor Corregidor de la Villa que le den doscientos azotes y sea desterrado de por vida... Quien tal hizo, que tal pague... Alza la penca y dale...

*(Entre el silencio llegan ahora los estampidos de los cinco ramalazos que el verdugo descarga sobre las espaldas del reo. Terminada la tanda, estalla una salva de aplausos.)*

VOCES.— Bravo por los valienteeeees... Así se aguanta... Andalúz tenías que ser gran Monipodio... Olé mi compadre... Y tú boche, aprende a mover la penca, que con aquéste no te vale...

UNA VOZ DE MUJER.— Viva mi compadre, con setenta abrilés encima y mira con qué garbo aguanta la penca...

OTRA VOZ DE MUJER.— De Babilonia tenía que ser... Viva Sevilla, viva Triana, vivan los sevillanos y sevillanas...

*(Sigue el estruendo de oles y vítores hasta que de nuevo la caja impone el silencio, y tras la caja, la voz del PREGONERO lanzando otro pregón un poco más lejano.)*

PREGONERO.— Ésta es la justicia que manda leer el Rey nuestro Señor...

*(DON MIGUEL y la CAMACHA siguen hablando por señas. La CAMACHA metiéndole el puchero entre las rejas sin que el anciano termine de cogerlo. CRISTINICA llorando y queriendo abrirse paso hacia su casa. Las gentes, atentas a la justicia.)*

DON MIGUEL.— *(Aprovechando la pausa tras el redoble y mientras se oyen lejanos latigazos.)* Que no, señora Camacha... Que se deje agora de pucheros y pucheros... Y dígame si ese que azotan se llama Monipodio... Apártase, que no alcanzo a verle la jeta...

*(Terminada la nueva tanda de lampreazos, estalla de nuevo el bullicio de vítores.)*

DON MIGUEL.— *(Gritando.)* ¿Eres Monipodio, el maestro de Sevilla...?

LA CAMACHA.— Déjese agora, mi don Miguel, de Monipodios; ¿qué le importa a su merced? Mire el cocidito que le traigo y que ya está frío por culpa de... *(A CRISTINICA.)* No te rías encima, condenada...

DON MIGUEL.— Eh, señor escribano, señor escribano, haga el favor su merced...

*(Se acerca a la reja el GOLILLA, muy atento y hasta ceremonioso.)*

ESCRIBANO.— ¿Qué se le ofrece al señor de Cervantes?

DON MIGUEL.— Una pregunta solamente, seor escribano: ¿a quién azotan?

ESCRIBANO.— A un rufián entre rufianes. Uno que lo llaman Monipodio, que vino desterrado de su tierra, de Sevilla, y se vino a la corte, donde hacíase pasar por curandero y curaba a todas las mujeres de mal vivir de las Peñuelas... Ya me entiende su merced...

LA CAMACHA.— (*Santiguándose.*) Bendito sea Dios, bendito sea Dios y bendito sea Dios, las cosas que tiene una que ver a sus años, benditísima virgen santísima...

DON MIGUEL.— No sabe bien, señor escribano, cuánto le agradezco su noticia, pues ya me parecía a mi conocer al jinete por sus hechuras...

ESCRIBANO.— Y hay que ver con qué gallardía recibe el papamoscas, con sus setenta años encima, que no parece sino el Portillo de Alcalá, cuando tenía los veinte... Y excuse su merced que aquí le deje, pues se me va el cortejo... Y he de acompañarle hasta la Plaza Mayor... (*Vase el ESCRIBANO a levantar acta y se van alejando también los pregones. La pobre CRISTINICA salió ya de estampía y DON MIGUEL se siente ahora gozoso, ajeno por entero a la CAMACHA.*)

DON MIGUEL.— Agora ya sé que la memoria no me faltaba y que mis columbres, con ser viejos y haber visto tanto, aún no se han enmohecido...

LA CAMACHA.— ¿Qué dice su merced?... Huela el guiso...

DON MIGUEL.— (*En lo suyo.*) Y aquel aguador, señora Camacha, no era otro que el Rinconete, otro pícaro que se vino de Babilonia acompañado de su maestro...

LA CAMACHA.— Déjese mi seor don Miguel de pícaro más o menos y séase servido de probar aquesta espuma que hemos hecho mi hermana y yo... Huela, qué aroma de laurel y romero...

DON MIGUEL.— (*Casi exaltado.*) ¿Habíame de fallar la memoria cuando vi aquella cara de truhán? ¿Oyó mi señora Camacha lo que dijo el Escribano? Monipodio es, el de Sevilla, aquel gran maestro de alcahuetes, gloria del Imperio, porque habrá de saber que la alcahuetería es...

LA CAMACHA.— (*Ya harta.*) Pero ¿me hará por fin el favor, seor de Cervantes, de acoger a esta pobre menestra que le ofrece de buen corazón su...

*(Impresionado DON MIGUEL, ya iba a coger el pucherillo cuando irrumpe de pronto en la calle aquel SOLDADO de que hablaba CRISTINICA, tizona en ristre, persiguiendo a una especie de lombriz negra armada con un simple palo de escoba, y tiene la mala suerte el soldadote de dar con la espada en el puchero de la CAMACHA, que se hace pedazos.)*

LA CAMACHA.— (*Ante el desaguisado.*) Ay, malhaya la... Maldito soldado, maldito sacristán, malditos pícaros, bellacos, malditos, malditos, malditos...

SOLDADO.— (*Gritando al SACRISTÁN, que se defiende de los mandobles con el palo de la escoba.*) Ven acá, rabo de zorra, que he de aplastarte los sesos, sabandija gatuna, hidetumadre; allégate, que te he de echar afuera los mondongos...

LA CAMACHA.— Pero ¿do están los alguaciles? ¿Do el señor escribano? Encima de ese borrico habéis de ir a parar entrambos, luteranos, herejes, marranos, conversos... Ay, mi cocidito; mira lo que han hecho de mi cocidito, que ni para pasto de gatos...

DON MIGUEL.— (*Muy divertido del lance.*) Sosiéguese, mi señora Camacha, sosiéguese...

LA CAMACHA.— Calle, que usarced ha sido el culpable...

DON MIGUEL.— ¿Yo?

*(Vuelven a pasar el SACRISTÁN y el SOLDADO peleando.)*

SACRISTÁN.— (*Haciendo burla al SOLDADO.*) Patacoja, sambenito, cara de garduña, banco de galeote, rabia, rabiña...

SOLDADO.— (*Lanzándose hacia él y dando un tantarantán a la CAMACHA, que grita aterrorizada.*) Las tripas te he de sacar por los sesos que no tienes, hijo de todas las madres... (*Salen los dos escapados y la CAMACHA se levanta del suelo adonde fue a parar tras el encontronazo que le dio el furrier.*)

DON MIGUEL.— (*Asustado.*) Mi señora Camacha, mi buena señora Camacha... (*Tendiéndola el brazo sano.*) Agárrese... y espere que le abra la puerta... ¿Está su merced bien? ¿No le ha roto un hueso ese bárbaro?

LA CAMACHA.— (*Rechazando la ayuda.*) Déjeme, que puedo sola... Bárbaro y rebárbaro, cafre, turco... Mira lo que vino a sacar esta pobre de tales lances: el puchero roto, el guiso echado a perder y los huesos quebrantados...

DON MIGUEL.— Entre en mi casa, señora Camacha...

LA CAMACHA.— (*Alejándose apresurada.*) Fuera bruja, como dicen las malas lenguas y lo fuera de verdad y habría de hacerles un conjuro... Y esa maldita Cristinica... (*Vase refunfuñando, y DON MIGUEL, a pesar de todo, se muestra muy complacido. Aún se oyen muy lejanos los pregones de la justicia.*)



DON MIGUEL.— (*Gritando.*) Vaya despacio, señora Camacha, no vaya a tropezar y caer de nuevo... (*Para sí.*) Ésa ha perdido el puchero, pero bien empleado ha de dar el estropicio por cuánto han visto sus ojos para poder pregonarlo por esos corrales. Y yo he de dar por buen provecho el ayuno, pues que ya sé que el muy pícaro de Rinconete era aquel aguador, y por lo tanto siguen siéndome fieles los ojos y la memoria... Así las ansias crece y me huelgo de tener aún fuerzas para solazarme con aquestos cuadros tan vivos de mi pueblo...

*(Ya ha quedado todo en silencio. Tras la procesión de la justicia se extiende la hora de la siesta. El sol abrioleño es fuerte y DON MIGUEL vuelve a su sillón frailuno, donde se encuentra sin dejar de contemplar el bello cielo madrileño. Muy pronto, en el silencio, empiezan a oírse voces de disputa entre una mujer y un hombre a través del tabique de la casa de CERVANTES.)*

DON MIGUEL.— (*Incorporándose.*) Hola, ya están de nuevo disputando mis señores vecinos... Veamos qué pleito se traen agora... (*Y el muy pillo aguja la oreja para escuchar el diálogo, que en el silencio de la siesta llega bastante nítido a través de las paredes.*)

VOZ DE MUJER.— ¿Conque de viaje? ¿Mi señor marido que se va de viaje? Y yo he de creérmelo...

VOZ DE HOMBRE.— Pues ha ya más de siete días que te lo vengo anunciando para que agora te me hagas de nuevas...

VOZ DE MUJER.— ¿Al Escorial? Buen escorial estáis hecho vos..., escorial y buen escorial. Ya conozco vuestro escorial...

VOZ DE HOMBRE.— ¿Pues no te he dicho y redicho que he de entrevistarme con el señor de Escobedo, para recabar los papeles de la finca de mi cliente?

*(DON MIGUEL escucha atento y sonríe.)*

VOZ DE MUJER.— (*Muy agría.*) Cuando ese Escorial que decís no sea la casa de Ana Medina...

VOZ DE HOMBRE.— ¿Qué estás diciendo, la lengua?

VOZ DE MUJER.— Que la casa de Ana Medina no es sino un buen escorial, por no decir muladar de pícaros y libidinosos como su merced...

VOZ DE HOMBRE.— Pero ¿qué estás diciendo, mala víbora? ¿Me estás acusando de adúltero?

VOZ DE MUJER.— ¿No te he de acusar, mal marido? Déjame sola en aquesta casa sin apoyo de nadie, con un vecino viejo y medio sandío como el señor de Cervantes.

(DON MIGUEL *da un respingo.*)

Buena ayuda habría de tener si vinieran asesinos...

VOZ DE HOMBRE.— Más de dos días no he de demorarme...

VOZ DE MUJER.— (*Llorando desconsoladamente.*) Aún menos de dos días, pero en dos horas basta para que el último desalmado de la corte venga a asesinarme o robarme el honor... Y poco le importa a su merced... Mal marido, mal hombre, rufián...

VOZ DE HOMBRE.— (*Airadísimo.*) ¿Me va a hacer el favor, señora mía, de callarse esa boquita y no enterar a los vecinos, por viejos y sandíos que sean, de lo que aquí acontece?... ¿O por ventura antes habré de recurrir a ese vergajo de toro que está ahí colgado para calmaros las ansias?

(*Se oye ahora un estruendo de voces, corridas, objetos que caen. DON MIGUEL está un poco asustado. Hasta que al fin se callan las voces y aparecen ante la misma reja los dos contendientes: el MARIDO con un maletín de viaje en la mano, y la ESPOSA, que le abraza tiernamente.*)

ESPOSA.— Adiós, marido mío, adiós y cuidaos como es debido, no olvidéis mis consejos y mirad que en la sierra arrecia el frío... (*Muy mimosa.*)

¿Lleváis aquellas zapatillas de lana que os merqué?

ESPOSO.— (*Muy dulce.*) Sí, mi señora...

ESPOSA.— ¿Y la ropilla de lana? ¿A que mi distraído esposo la olvidó?

ESPOSO.— No, que aquí lo llevo todo...

ESPOSA.— Sin alma me dejáis hasta la vuelta...

ESPOSO.— Mi corazón se queda contigo, amada mía...

ESPOSA.— Por fortuna (*Señala la reja muy gentil.*) nuestro vecino el señor de Cervantes ha de velar por mí y no ha miedo de que me suceda ningún mal... (DON MIGUEL *asiente sonriendo.*)

ESPOSO.— Ya sé que con tan buen vecino no he de tener temor... Ea, querida, abracémonos de nuevo y corro hacia la posta, que ya debe estar emparejada la galera y no quiero que por mi culpa demore la salida...

ESPOSA.— (*Abrazándose tiernamente.*) Vuelve pronto, marido mío, luz de mi corazón...

ESPOSO.— Alondra de mis sueños... Adiós, adiós... (*Vase precipitado.*)

ESPOSA.— (*Limpiándose las lágrimas y dirigiéndose al SEÑOR DE CERVANTES.*) Solita me deja mi marido, señor de Cervantes, ya ve su merced...

DON MIGUEL.— Servidumbre es del esposo, señora mía, proveer a las necesidades del hogar, y siendo como es funcionario de la corte...

ESPOSA.— Ah, ese maldito Escorial, que desque se trasladó allí la corte siempre hemos de estar separados... Pero ya digo que teniendo tan buen vecino como su merced, siempre tan atento, no he de temer, por más que los tiempos estén tan revueltos... Ya vio que esta mañana azotaron a un mal rufián...

DON MIGUEL.— Monipodio de Sevilla...

ESPOSA.— Que se hacía pasar por un curandero..., ya ve...

DON MIGUEL.— Buen pícaro y alcahuete...

ESPOSA.— Pues en tiempos tan deshonestos ha de quedarse una sola en casa, sin sombra de marido. Vea su merced. Si no fuera porque le tengo por vecino y porque mi sentido de la honestidad corre parejo a aquel que, según los antiguos, tenía aquella Lucrecia, que conoceréis sin duda...

DON MIGUEL.— Sí, señora...

ESPOSA.— De otro modo no sé qué sería de una, con tanto bellaco como hay en la corte... Ay, vuelvo a mi casa y me encierro en reclusión como carmelita reformada... Agora ha de venir el barbero para que termine de aderezarme la peluca... También espero a ese sacristán Pasillas, que ha de traerme velas para el altar de Santa Catalina, porque en tanto yo velo en casa sola, quiero que tenga unas cuantas encendidas... Y, señor de Cervantes, luego mandaré a pedirle si tiene algo de romance para leer, siempre que sea honesto, pues que las horas se hacen largas...

DON MIGUEL.— (*Muy ceremonioso.*) No tiene más que mandarme en lo que guste, que para este viejo medio sandío, placer será servirla... (*Ha subrayado deliberadamente las dos palabreas.*)

ESPOSA.— *(Riendo nerviosamente.)* Hay, qué chistoso es mi señor de Cervantes... Viejo y sandio, cuando no hay en la corte ingenio que se le parezca, por más que no sean pocos los años que cuenta... Ni aun el gran Lope se le aventaja...

DON MIGUEL.— Gracias, señora, gracias. A su servicio me tiene...

ESPOSA.— Y me entro en casa, que ya tardo, no quiero que anden diciendo que soy ventera, pues no todos los vecinos son de tan buena razón y prudencia como mi señor don Miguel de Cervantes... Señor... *(Y tras una cortesana reverencia, la gentil señora desaparece y DON MIGUEL sonríe beatíficamente.)*

DON MIGUEL.— *(Con voz susurrante.)* Peréceme que empieza aquí otro buen entremés.

*(Queda muy atento a lo que ha de pasar ante la reja y, efectivamente, no tarda en aparecer aquel BARBERO anunciado por la honestísima dama, el cual, pegado a la reja, intenta pasar escurriéndose, aunque DON MIGUEL lo tiene.)*

DON MIGUEL.— Vaya con Dios, maese...

BARBERO.— *(Dando un respingo.)* Con Él quede vuesa merced, don Miguelito... *(Iba a deslizarse aprisa, pero reflexiona y vuelve ante la reja.)* A casa de mi señora voy, pues que me ordenó aderezar aquesta peluca *(Muestra el bulto que lleva bajo el brazo.)* con la moda de los tiempos. Mandome que la pusiera unos cuantos moños y jaulillas.

DON MIGUEL.— De aquestos que parecen jardín, ricos en flora y fauna...

BARBERO.— De aquestos, mi señor... Y he de aprovechar agora en la siesta, ya que aquel maldito furrier, el espadón matasiete que guarda la casa de Cristinica, hase quedado dormido, para que yo pueda cumplir la diligencia... Y así el señor de Cervantes ha de perdonarme que le deje aquí mesmo y notificarle una vez más que soy su servidor en cuanto guste y ordene... *(Gran reverencia.)*

DON MIGUEL.— Vaya, vaya, que la señora ha de estar impaciente...

BARBERO.— *(Que ya se iba y vuelve escrupuloso.)* Como la faena que me trae ha de ser premiosa, pues ya sabe lo que tardan las damas en convencerse de un buen tocado, no sería nada de extrañío que tardara, y si su merced fuera tan amable de avisarme en el caso de que viniera aquel basilisco..., quiero decir el furrier maldito ese...

DON MIGUEL.— ¿La guarda cuidadosa quieres decir?

BARBERO.— Eso mismo, señor. Que si viniera a quererme sacar de mi faena, fuera su merced servido de decirle que ha tiempo que salí, que no estoy adentro... Y perdóneme semejante molestia...

DON MIGUEL.— No hay cuidado, maese barbero, que si viniera no uno, sino un regimiento de furrieles a embarazar su artístico cometido, habré de confundirles para que dejen libre el campo, por más que tuviera que convertirme en espantajo o demonio terrorífico... Conque no haya temor y aplíquese en su trabajo...

BARBERO.— Mil gracias doy a su merced y con ello sepa que el ánima me devuelve al cuerpo... (*Vase.*)

DON MIGUEL.— (*Cuando ya ha desaparecido.*) Gran labia acusa el pícaro y buenas lecciones podía dar a un maestro de retórica... Pero creo que ahí tenemos al otro... (*Llamando.*) Eh, eh, señor sacristán Pasillas...

SACRISTÁN.— (*Que se detiene malhumorado ante el inoportuno viejo.*) Ave María Purísima...

DON MIGUEL.— Sin pecado concebida, amén. Harto me huelgo, seor sacristán, de verlo entero y verdadero, pues creí que aquel «miles glorius» ya le habría partido en dos de un tajo, tan enfierecido le vi no ha mucho contra su merced...

SACRISTÁN.— (*Que estaba a punto de colarse en la casa vecina, se vuelve hacia DON MIGUEL.*) ¿A quién había de cortar en dos aquel matasiete canijo? ¿Al sacristán Pasillas había de cortar aquél? Cuando no alcanzaría a cortar en dos a una gallina. ¿Qué digo una gallina? Pero ni un rato tan siquiera... Pues mejor fuera, señor de Cervantes, que le mostrara el soldadote unos chichones que ha poco le hice con un candelabro, que si se convirtieran en cuernos le habrían de arribar hasta el mismo Escorial...

DON MIGUEL.— (*Muy divertido.*) Bravo, seor sacristán, que éstos son valientes...

SACRISTÁN.— Ésos son hombres, ni más ni menos... Y mucho me complaciera relatarte por menudo cuanto acontece en estas cuatro esquinas por mor de una deshonesta mochacha, que anda poniendo los puntos a todo Madrid, si no fuera porque mi señora, su vecina, me ha ordenado que la traiga unas pocas velas que aquí llevo gustoso (*Muestra otro pequeño paquete.*) y he de ordenar el altar que tiene puesto a Santa Catalina y así mismo recitar unas cuantas oraciones... Que si no fuera por ese menes-

ter, mucho me holgara de conversar con un sabio como su merced, pero vea que prima es la obligación y luego la devoción...

DON MIGUEL.— Vaya, vaya enhorabuena seor sacristán, que no quiero demostrarle por mucho que séame grata su conversación...

SACRISTÁN.— Sólo que si diera en venir aquel monstruo cretense, mi seor de Cervantes, en mi búsqueda, que no se alarme su merced por muy armado que viniere, y aún puede decirle de mi parte que no le he ningún temor y que no tiene más que aguardar a que yo finiquite el asunto de las velas para ponerle a él otras y bien cumplidas en las mismísimas orejas, que no tuvo otras el famoso Minotauro de los antiguos...

DON MIGUEL.— Hola, hola..., eso me gusta... ¿Así si el tal viniera no he de decirle que ya habéis salido, sino que...?

SACRISTÁN.— Pues ¿qué? ¿Acaso piensa su merced que un sacristán teme a un soldadote? Pero ni a todo un batallón con bandera y música. Sólo ha de decirle su merced que al punto salgo para mandarle a Flandes por vía de maravilla, merced al puntapié que he de atizarle en el lugar donde tiene la canal maestra. Y ahí se queda, que ya mi señora me llama...  
(*Vase el bravo SACRISTÁN PASILLAS.*)

DON MIGUEL.— (*Riendo divertido.*) Por Dios que yo siempre dije que si sacristanes y barberos ordenaran el mundo, otro gallo nos cantara... Pero aquéste no rehuye el combate, sino que lo busca, como buen peleador, en tanto que el barbero más astuto... Pues agora sólo falta esperar al tal soldadote para tener completa la jornada de aqueste buen lance... (*Empiezan a oírse en la casa vecina ruidos de músicas y rosas.*) Mas a fe que el aderezo de la peluca de mi vecina y el alumbrado del altar no dejan de acompañarse de ciertas ceremonias... Pues parece cosa de gran fiesta... (*Risas, taconeo, baile.*) Mi atribulada señora pronto halló solaz y compañía. Oh, maridos viajeros, si alcanzarais a saber cuál queda desguarnecida vuestra honra, ansí que tornáis la espalda al hogar, me temo que excusarais los asuntos de fuera para ocasiones harto extremadas. Buena chacota se ha armado en casa de mi vecina y raro sería que algún otro del barrio no viniera a participar en el jolgorio... Ya puedes venir, furrier airado, a desafiar a tus enemigos, que ellos, más sabios que tú, escogieron el amor y no la guerra... (*Está DON MIGUEL escuchando el bullicio de la casa medianera cuando la reja se oscurece ante la presencia de un ensotariado enorme, de cara rolliza, achaparrado, cal-*

*vo, lustroso y vital.*) Por Dios que no parece aquéste el furrier, como no sea que haya cambiado los hábitos. (*En voz alta.*) ¿Qué demanda su reverencia? ¿Pide por el alma del que ajusticiaron ayer?

GÓNGORA.— (*Que es el sacerdote en cuestión.*) Veo que mi admirado señor don Miguel de Cervantes olvidó ya a su buen amigo, el racionero de la catedral de Córdoba...

DON MIGUEL.— (*Levantándose presuroso de su asiento y yendo a la reja.*) Por Dios vivo, mi señor don Luis de Góngora, que no le había conocido. Suplico perdone mi distracción... Cuánto honor... Pero aguarde que le abra...

GÓNGORA.— (*Estrechando la mano de DON MIGUEL.*) Apresurado voy, mi señor de Cervantes, que ya me tardo, a la audiencia que me tiene concedida el señor obispo y por más que me holgara, y en grado sumo, platicar con su merced, he de dejarle en punto, luego de congratularme al verle con tan buena presencia física, que no dudo que haya correspondencia concorde con su sempiterno espíritu altísimo, noble y divino... (*DON MIGUEL ha quedado apabullado ante la lisonja.*)

DON MIGUEL.— (*Balbuente.*) El glorioso autor de las *Soledades*, grandísimo entre los grandes poetas, orfebre de las más hermosas imágenes, me deja confundido y aterrado...

GÓNGORA.— Humilde aprendiz de la música divina solamente. Rendido esclavo del que creó figuras tales como ese Don Quijote y Sancho Panza, que los siglos han de admirar con unción...

DON MIGUEL.— Por la Santísima Trinidad, señor de Góngora, no venga a confundirme... Dígale que ya me encuentro embarazoso ante la presencia de tan altísimo poeta. Y aún más he de decirle: que sólo quisiera vivir unos cuantos años más para gustar el deleite de esas *Soledades* que su merced está componiendo...

GÓNGORA.— Entre Polifemo y Galatea ando siempre metido, en ansias boreales y nácaras, perfumes, estrellas... Como si dijera del caño al coro y perdone... (*Bajando la voz.*) Si he de decirle mi verdad, ya estoy entregado, porque bien sabe su merced que mi regocijo y gusto es la lírica popular, refranero y castiza, esa poesía que su merced supo componer tan bellamente en sus libros y entremeses y que ese Lopico, mal pico, prostituye y malbarata por esos corrales de los cómicos...

DON MIGUEL.— (*Que no puede evitar la risa.*) Por Dios, que si le oyera a su reverencia el tal don Lope... Sepa que estuvo a verme aquesta mesma mañana...

GÓNGORA.— Y de su comedia vengo yo, malos años me coman y harto enfadado, por cierto, de ver cómo cuatro mosqueteros comprados aplauden ese engendro de monigotes, que ni entienden ellos, ni la mesma madre o padre que les parió a todos...

DON MIGUEL.— Pues ya sabe su merced que Madrí no tiene otro poeta que el tal Lope...

GÓNGORA.— A ese Lopico lo pico yo y lo repico... Viera su merced la torpeza de semejante comedia, cuyo título ya se me ha abismado en la más recóndita de la memoria, cuando más sus figuras, que se devoran a sí mismas como Saturno o sus propios hijos...

DON MIGUEL.— Pues afirman que la tal comedia es aplaudida diariamente...

GÓNGORA.— El vulgo gusta de ser llamado vulgo. Y por más que no entiendan un palote de lo que en la comedia se dice, o, por mejor decir, no se dice, simulan complacerse con las liviandades plebeyas de que la comedia está sembrada. Mala velada pasé, señor de Cervantes, en ese inmundo corral, nunca mejor apelado tal y he sudado quintales de agonía..., y aun por culpa de ese engendro he de hacer que su Ilustrísima me espere...

DON MIGUEL.— Cuánto lo siento, reverendo señor de Góngora, pues mucho me holgara de platicar con su merced en estas mis soledades. Pero ¿en terminando la audiencia episcopal no podré tener la dicha de acompañarle?

GÓNGORA.— Ya tengo aparejado asiento en la diligencia de Córdoba, adonde saldré aquesta misma noche, si Dios fuere servido, y no quería marcharme de la corte sin saludar al más grande creador de nuestros días...

DON MIGUEL.— No alcanzo a agradecer tan buenas palabras, señor de Góngora, y sepa su merced que me deja desolado...

GÓNGORA.— Tiempo habrá, señor de Cervantes, si Dios es servido, de que platiquemos hartos y nos solacemos en nuestras mutuas soledades, lejos los dos de las vanidades cortesanas, que han sido hechas para Lopillo y sus discípulos, rimadores de ochavillo, calceteros y zurcidores de versos cojitrancos, albarderos de coplillas arrieras con sabor a ajos y regüelo... En mi Córdoba gustaré de ver a su merced, amigo mío, acompañándome bajo la sombra de mi parra, trasegando un buen vino de Montilla y escuchando la bucólica poesía de los pastores y rebaños, no en...



*(Se interrumpe al oír el desenfrenado bullicio festivo de la casa costanera.)*

Hola, pero ¿cuál ese sarao que llega a mis oídos? ¿No será que mi amigo Cervantes disfruta de estrado de cortesanas, juglares y vihuelistas?

DON MIGUEL.— *(Riendo.)* Calle, calle..., que si no anduviera su merced con priesa, habría de ver un lance digno de tan imaginativo poeta aquí mesmo, en la casa medianera...

GÓNGORA.— *(Interesado en el asunto.)* Galatea y Polifemo... en la Corte...

DON MIGUEL.— *(Bajando la voz y entre risas.)* Una Galatea y dos Polifemos, sacristán uno y barbero el otro... En tanto que Teseo...

GÓNGORA.— *(Muy cotilla, metiendo la cabeza pelada entre la reja.)* El cónyuge o marido...

DON MIGUEL.— Eso. Pues, como le digo, el tal Teseo fue a rescatar el vellocino de oro a cierta finca de El Escorial...

GÓNGORA.— ¿Pues qué?, ¿hay más?

DON MIGUEL.— Hay que un furrier, un soldado..., pero ¿por qué mi señor de Góngora no hace un alto en el camino y entra en mi casa?

GÓNGORA.— No me faltan deseos... Ulises vengo a ser agora, embrujado por las sirenas. Pero ya tardo...

DON MIGUEL.— Lástima grande es que no asistáis a tan gracioso mito, mejor sin duda que cualquier comedia de Lope... *(Se detiene de pronto y mira con atención, sobre el hombro de Góngora, hacia el fondo.)* Pero válgame la Santísima Trinidad, Dios nos asista a todos, amén y mejor fuera que la tierra se abra y nos anegue a todos... ¿Es cierto lo que ven mis ojos?

GÓNGORA.— *(Sorprendido y mirando a todos lados.)* ¿Qué le sucede, señor de Cervantes, y a qué vienen esos aspavientos? ¿Por qué tiembla y palidece? ¿Acaso viene el Minotauro?

DON MIGUEL.— *(Señalando hacia el fondo.)* El Minotauro, eso es..., el Minotauro... *(Bajando la voz.)* El marido de Galatea, que torna de su viaje imprevisiblemente, como Ulises..., en tanto que la señora...

*(Pero ya ha aparecido ante la reja el ESPOSO y viajero y DON MIGUEL se siente aturdido y divertido a la vez, en tanto que GÓNGORA no puede resistir ya la tentación de quedarse a ver cómo acaba el lance.)*

ESPOSO.— Señor de Cervantes y compañía, heme aquí de nuevo y mucho antes de lo que esperaba...

DON MIGUEL.— *(Hablando muy alto.)* Pues ¿qué?, señor vecino, ¿cómo es que torna así presto? ¿Sucedió algún imprevisto?

ESPOSO.— *(Dando explicaciones a los dos.)* La diligencia del segoviano, que no estaba aparejada y se le ha roto un eje, de modo que no saldré hasta mañana...

DON MIGUEL.— *(Gritando.)* Eh, señora vecina, salga a recibir a su señor Esposo...

*(Pero la muy artera de la ESPOSA ya había salido y abrazaba a su MARIDO, al tiempo que las músicas y danzas enmudecieron en la casa.)*

ESPOSA.— *(Arrojándose a los brazos de su MARIDO.)* Esposo mío, prenda idolatrada, ¿qué ha sucedido para que volvieses tan presto?

ESPOSO.— Aquí decía a los señores... El ordinario de Segovia que...

DON MIGUEL.— *(Que está muy nervioso.)* Quiero presentarles al reverendo racionero de la catedral de Córdoba, señor de Góngora y Argote, altísimo poeta...

ESPOSO.— Servidor de su reverencia...

GÓNGORA.— *(Luego de saludar muy ceremonioso.)* Señora mía: en nombre de esa Córdoba, que con tanta gracia invoca, suplicola que me tenga por servidor suyo...

ESPOSA.— *(Volviéndose a él.)* Reverendísimo señor: la providencia le guía hasta mi casa. Una gran merced ha de hacerme...

GÓNGORA.— ¿Una merced?

ESPOSO.— Pero ¿qué te pasa, esposa mía? ¿Por qué tiemblas? ¿Y por qué abres así los ojos? ¿Qué sucede?

DON MIGUEL.— *(Intentando ayudarla.)* La emoción sin duda...

ESPOSA.— *(Que se ha arrodillado ante GÓNGORA.)* Si su reverencia, como exorcista, tuviera compasión de aquesta pecadora, podría expulsar los demonios que dentro de ella habitan...

*(Los tres han quedado como estatuas ante tan extraña declaración.)*

GÓNGORA.— (*Que es el primero que se repone de la sorpresa.*) Aquésta es la prima vez que un poseso me para en la calle para pedirme que le expulse los demonios...

ESPOSO.— (*Un tanto mosca.*) ¿De qué demonios habláis? ¿Ni de cuándo estuvisteis endemoniada? (*Para sí.*) O por mejor decir, ¿cuándo no lo estuvisteis? (*En voz alta.*) ¿Y qué achaque os viene agora? Entremos en casa, que ya me tardo... Y perdónenos, reverendo...

ESPOSA.— (*De rodillas ahora ante su MARIDO.*) Señor, no soy digno de que entres en mi casa... Quiero que los demonios que me atormenten salgan de mi cuerpo, pues he prometido a Santa Catalina que no he de volver a atormentar a mi esposo, y fuerza es que aqueste reverendo me haga el exorcismo... (*Besa la mano de DON LUIS DE GÓNGORA.*)

GÓNGORA.— A fe, señora, que es un tanto difícil lo que pedís... No tengo a mano los utensilios necesarios y, además, me espera el obispo...

DON MIGUEL.— (*Que ha estado reflexionando.*) Señor de Góngora, si no es osadía por mi parte, ruego a su reverencia que escuche a aquesta dama, pues no es persona que guste de simular, bien al contrario...

ESPOSO.— Por mi vida que nada entiendo...

ESPOSA.— (*Siempre hincada de hinojos.*) De aquí no me levantaré, reverendo, en tanto no me conceda la gracia que le pido...

GÓNGORA.— (*Divertido con la ocurrencia.*) Ha tiempo que me fue concebido el poder de exorcizar demonios. Haremos los que se pueda... Dígame lo primero: ¿trátase de uno o de varios demonios los que atormentan a mi señora?

DON MIGUEL.— (*Adelantándose a contestar por ella.*) Dos, dos han de ser los demonios.

ESPOSO.— (*Volviéndose al viejo.*) ¿Y cómo sabe su merced que son dos los demonios precisamente?

GÓNGORA.— (*Explicándole muy ceremonioso.*) Dos o múltiplo de dos acostumbra a aparecer los demonios, al igual que los santos poderosos forman pareja, tales los Boargenes, hijos del trueno, o las vírgenes santas...

ESPOSA.— Dice bien el señor de Cervantes, reverencia, que son dos los demonios que estuvieron atormentándome toda la tarde así que mi esposo saliera...

GÓNGORA.— (*Dando coba al marido.*) Gran virtuoso ha de ser el señor, cuando los demonios tienen que esperar su ausencia, para martirizar a la señora....

ESPOSO.— Eso puede ser cierto, reverencia...

DON MIGUEL.— (*A Góngora.*) Pero... diga su reverencia: ¿no es bien cierto que esos tales demonios habrán de salir agora mesmo del cuerpo de mi señora?

GÓNGORA.— No hay demonio que resista la fuerza de los latines cordobeses con que habré de echarles...

DON MIGUEL.— Y aún más: ¿no han de tener los demonios la forma humana y semejante a personas conocidas?

GÓNGORA.— Así acostumbra a suceder...

ESPOSO.— Ya me enfada tanta liturgia, señor reverendo. Y no es cosa de que estemos aquí, en medio de la calle, esperando que cualquier vecindona venga a enterarse de lo que no la importa. Entremos en casa luego y no dos, pero veinte mil demonios habrán de salir si yo utilizo otros remedios que también conozco y son tan fuertes como sus latines...

ESPOSA.— Digo que no he de entrar en mi casa en tanto no quede limpia de demonios, y aqueste buen reverendo y sabio exorcista ha de darme remedio...

GÓNGORA.— Así haremos... (*Coloca su mano sobre la frente de la dama.*) Recogeos en oración...

DON MIGUEL.— Espere su reverencia y conteste a una tercera pregunta: si los tales demonios han de salir en carne y hueso, adoptando la forma humana, ¿cuál será la forma que habrán de adoptar?

GÓNGORA.— Pues cualquiera. La de algún familiar de la señora... o la de algún vecino...

DON MIGUEL.— Lo que yo pensaba, reverendo don Luis. Y afirmaré que esos demonios que su merced va a sacar han de tener forma del sacristán Pasilla y del barbero de la esquina, por ser las dos especies más turbadoras de la vecindad...

GÓNGORA.— (*Asintiendo con malicia.*) Así pudiera ser...

ESPOSO.— Sigo sin entender un comino...

GÓNGORA.— (*Al ESPOSO y a CERVANTES.*) Recójanse en oración sus mercedes. Y tú hija mía, reconcéntrate y pide clemencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en tanto que yo, siervo y ministro de Dios Todopoderoso, te conjuro, espíritu maligno, a que dejes libre aquesta alma en el nombre y la señal de la Santa Cruz... (*Bisbisea unos latines y al punto se ve cómo los dos pícaros, el SACRISTÁN y el BARBERO, aprovechan el mo-*

*mento para deslizarse como anguilas ante las narices del ESPOSO y desaparecen rápidamente.)* Amén. Ya estás libre, mujer...

ESPOSA.— *(Con un suspiro de alivio.)* Ay, me siento tan nueva como la mujer de San Pablo... *(Besando la mano de GÓNGORA.)* Gracias, reverendo...

ESPOSO.— *(Que continúa alelado.)* Por Dios vivo que juraría haber visto salir de mi casa a dos vecinos...

DON MIGUEL.— Demonios que la habitaban...

GÓNGORA.— Pudieran haber adoptado esas formas. Mas ya no han de volver...

ESPOSA.— *(Que sigue besando las manos de GÓNGORA y regándolas con lágrimas.)* Oh, reverendo padre mío, cuánto os agradezco la bondad y beneficio de aqueste exorcismo. He de hacer cuarenta novenas a Santa Catalina y ayunar tantos viernes por el favor que los santos del cielo me han otorgado con aquesta su mano...

DON MIGUEL.— Dios sea siempre loado, que todos habremos de beneficiarnos con esas maravillas.

ESPOSO.— Pues yo no sé si...

ESPOSA.— *(Levantándose al fin y abrazando al ESPOSO.)* Por fin puedo, esposo mío, abrazaros sin sentirme embarazada por malas inclinaciones y me siento agora como la mujer nueva, esclava de su señor, que mantiene la lámpara encendida... Agora ya podemos entrar en casa...

ESPOSO.— Sí, sí, a casa, a casa...

GÓNGORA.— Que Dios les acompañe...

ESPOSA.— *(Que sigue abrazada a su MARIDO.)* Y no tornéis a dejarme sola, no vayan a volver los demonios...

*(Hacen mutis. GÓNGORA y CERVANTES quedan solos mirándose fijamente y sueltan una carcajada al tiempo que la escena se oscurece.)*



## MOMENTO TERCERO

*Ya es de noche. Nuestro DON MIGUEL continúa avizoran tras el ventanal envuelto en la manta para protegerse del vientecillo serrano. El aire azulado tiene viejas transparencias mesetarias que permiten brillar a las estrellas. Es la hora de la novena. Pasan ante la reja mujeres envueltas en mantos, rosario en mano, camino de la novena. Se oyen las campanas. Se oyen también cantos un poco aburridos de niños o borrachos. Termina así un hermoso día de abril henchido de primavera y preludio de un cercano verano. La sangre popular madrileña se ha recalentado y parece continuar vibrando tras el día tan plétórico de acontecimientos. Se detiene de pronto ante la reja la sombra de una «tapada», que rápidamente saca de debajo del manto un envoltorio y lo entrega a DON MIGUEL, es decir, se lo deja sobre el regazo, introduciéndolo entre los barrotes de la ventana, y parte a escape tras lanzar un suspiro largo y expresivo, que hace vibrar los cimientos de la casa. DON MIGUEL, anonadado, hace ademán de levantarse sujetando el envoltorio con la mano útil.*

DON MIGUEL.— Eh..., eh... ¿Quién es...? (*Observando el envoltorio.*) ¿Qué es aquesto?... Pero... (*El llanto de una criatura recién nacida, eso es el envoltorio, deja al abuelo sin resuello.*) Santísima Trinidad... Dios Misericordioso... Ánimas de Purgatorio... (*Se le traba la lengua.*) Pero... No sé... ¿Yo?... ¿Y?... Bendita sea la Virgen María. Amén... (*El NIÑO llora y DON MIGUEL lo estrecha en su regazo.*) Agora sí que... El día terminó con estrambote... Santiago me valga, amén... Pues bueno fuera que señalaran mi casa como torno de expósitos... Calla angelito, calla... (*DON MIGUEL se ha levantado y mece a la criatura.*) ... Aquí son lances

y no los de la guarda cuidadosa... ¿De dónde me vendrá ahora el envío?... Broche de oro tras tanto festejo... Calla, niño, calla... (DON MIGUEL, *asustado, se retira de la ventana.*) Aquí te quiero ver, Miguelito, que ni en la Argel, ni en Lepanto las viste más negras. Pero niño...

*(En este momento se detiene ante la reja aquel TOMÁS RODAJA, el hombre de vidrio, que vuelve de sus correrías galantes. DON MIGUEL, asustado, se vuelve de espaldas para ocultar a la criatura, a la que mece con disimulo para cortarla el llanto.)*

TOMÁS RODAJA.— Salve, mi seor Don Miguel...

DON MIGUEL.— *(Sin apenas volver la cabeza.)* Con Dios vaya mi buen licenciado Rodaja...

TOMÁS RODAJA.— *(Extrañado al ver a DON MIGUEL en semejante postura.)* ¿Qué le sucede, señor de Cervantes?

DON MIGUEL.— A mí, nada...

TOMÁS RODAJA.— Pues pareciera que tiene el baile de San Vito...

DON MIGUEL.— *(Siempre de espaldas.)* No es el baile ese, sino que me hace tiritar el relente...

TOMÁS RODAJA.— Pues cierre la ventana y encienda un fuego, que es el modo de conjurar el frío...

DON MIGUEL.— Así haré... *(Entre dientes.)* Y ya podías irte con las de Villadiego, inoportuno...

TOMÁS RODAJA.— Si su merced quisiera utilizar mis servicios, honrado sería. Por más que mi naturaleza de vidrio me impide acercarme al fuego...

Ya he de encaminarme a mi rancho, no sea que la humedad me quiebre...

DON MIGUEL.— Vaya y que Dios le acompañe...

TOMÁS RODAJA.— *(No acaba de marcharse y sigue cotilleando tras la reja.)* ¿No me está oyendo, don Miguelito? ¿Le dio un aire maligno? ¿Quiere que avise al boticario?

DON MIGUEL.— Como no avisaras... Todavía te he de tirar un mamotreto a ver si de verdad te quiebras. *(Girándose un poco a la vez que esconde el bulto de la criatura.)* No se moleste, seor licenciado, que no tengo nada... *(Y en esto estalla el llanto de la criatura.)*

TOMÁS RODAJA.— Dios me valga, si no es un niño lo que llora ahí... Don Miguelito... Ay, don Miguelito...



*(Pero DON MIGUEL se ha retirado y ha ido hasta el arcón de los manuscritos, lo ha abierto, ha metido dentro al niño, ha cerrado la tapa y se ha sentado encima derrengado. Mientras tanto el maldito licenciado sigue llamándole hasta que se cansa y se va.)*

DON MIGUEL.— La ida del humo... Agora ya tiene pregón que lanzar por esas calles. Vaya broma que me han administrado... ¿Quién habrá sido la, la...? *(No se atreve a pronunciar la palabra.)* Aquesto es el fruto de un día de primavera. Como no sea venganza de los demonios que mi señor de Góngora expulsó a mi vecina... *(Como el llanto del NIÑO ya no se oye, DON MIGUEL vuelve a la conciencia y se levanta, abre la tapa del arcón para sacar al NIÑO.)* Várame Dios, ¿qué hago yo? ¿Y si ahora la criaturita?... *(Pero no, la criatura sale del arcón como una nueva Proserpina lanzando sonoros berridos.)* Después de estar entre tanto legajo, malo sería que no salieras letrado y según eso fuera mejor que os ahogaraís... Pues sí que... *(Sigue meciendo a la criatura dando pasitos cortos.)* Ssss... Ssss..., calla, niño, calla... *(Le mece y canturrea. Se acerca a la ventana con disimulo.)* Miren en la situación que ponen a un viejo. Seguro que la tapada ha ido a la novena y me escogió como niñera propicia. Plegue a Dios que venga a recogérmelo en saliendo de la iglesia, tal como me lo entregó... Que yo no he de ser la hija del Faraón, ni va a ser aquéste un nuevo Moisés... Paréceme oír el «Pangem linguam» en las Trinitarias y en terminando la Reserva, acá se me llegará la muy..., esa que me escogió de cabeza de turco... *(Sin preocuparse, se asoma a la ventana siempre con el NIÑO en brazos y mete las narices entre la reja.)* Ya parece que salen las beatas... Buen rato me ha hecho pasar la tapada... Pues agora me va oír la muy osada. Pues ¿qué? ¿Son modos de usar mi casa de torno de expósitos? *(No se da cuenta de que acaba de aparecer la famosa HABLADORA.)*

LA HABLADORA.— *(Envuelta en un manto y con el rosario en las manos.)* Mi señor de Cervantes: ¿qué es lo que están viendo mis ojos? ¿Una criatura en sus brazos? Sí, sí es una criatura, una criatura de pecho, vaya si lo es... Alléguela acá que la bendiga... Y mira si lo tenía callado... Vaya, vaya, una criatura. Lo decía yo, sí señor, es lo que decía: que mi señor de Cervantes habría de haber descendencia... *(DON MIGUEL aterrado, se ha metido dentro y trata de esconderse.)* Bendito sea Dios, si es lo que

yo me digo, sí señor, lo que me digo, que habría de tener nietos el señor de Cervantes, una bendición del Dios que está en los cielos... Mas ha de explicarme, mi señor, me ha de explicar el qué, el cómo y el cuándo... Y dígame, ¿ya está cristianizado? ¿O su merced lo ha de sacar de pila? Porque si su merced lo ha de sacar de pila, digo yo que...

DON MIGUEL.— (*Gritando furioso.*) No es mío aqueste muñeco, sino que...

LA HABLADORA.— No me diga más, que no he tiempo para escucharlo, pero ya me explicará, ya me explicará. Un gozo, señor, un gozo. Habremos de festejarlo en todo el barrio, ya lo creo que habremos de festejarlo. Bautizo de tronío... Ay, corro a dar la noticia. Mismamente el párroco de Atocha habrá de escucharme. Nuevo feligrés «habemus», señor presbítero... (*Y la muy parlanchina sale de estampía dejando al pobre DON MIGUEL totalmente deshecho.*)

DON MIGUEL.— La que faltaba. La Habladora en el preciso momento. Lo mismo hubiera sido dar dos cuartos al pregonero para que todo Madrid... ¿qué digo todo Madrid?... Castilla entera, el Imperio todo, se haga de las nuevas... Y agora sólo resta que la atrevida madre de la criatura no se digne a aparecer... ¿Y qué hago yo? Dios mío bendito, ¿qué hago? Cuando ya todo el barrio se va a poner en marcha y aquesta casa se va a convertir en Portal de Belén... Malhaya mi suerte, que mis años alleguen semejantes quebrantos... (*Otra sombra en la ventana reclama al viejo. Es la GITANILLA, también enmantada y que viene ahora como transverberada de misterios.*)

LA GITANILLA.— Don Miguelito..., don Miguelito... ¿Do está su merced, por el amor de Dios? Alléguese a la reja, que le traigo un mensaje de vida o muerte... ¿Me oye su usarced? Don Miguelito, por mi Undivé que nos asiste...

(DON MIGUEL, *que ha estado dudando en acercarse a la reja, al oír las últimas palabras corre hacia la GITANILLA.*)

DON MIGUEL.— Ah, pícara Preciosilla, no hace falta que me digas más... (*Entregando a la criatura.*) Aquí tienes sana y salva a tu criatura, y no vuelvas a darme sustos...

LA GITANILLA.— (*Cogiendo al NIÑO y sorprendida.*) Ay, don Miguelito... ¿Qué es aquesto? ¿Qué me trae usarced a los brazos?

DON MIGUEL.— La criatura que me dejaste hace un rato, desalmada...

LA GITANILLA.— Ay, don Miguelito, ¿qué le ha dado? ¿La alferecía? ¿Ni cuándo le dejé yo nada? ¿Y quién es aqueste mozo, que no tenía el gusto de conocer?

DON MIGUEL.— (*Retirándose de la ventana.*) Anda, anda, Preciosilla, y vete a ocultar el fruto de tus amores a otro lugar más conveniente...

LA GITANILLA.— ¿Qué está diciendo mi señor don Miguelito? Don Miguelito, alléguese que he de decirle otra cosa... Ay, qué criatura más preciosa... (*Besa al NIÑO.*) Del señor de Cervantes tenía que ser... Pero... venga acá y escuche... (*La GITANILLA parece anhelante.*)

DON MIGUEL.— (*Desde el fondo de la casa.*) No me has de engañar más, Preciosilla. Anda y que la providencia te guíe, o Undivé, pero no vuelvas a convertir mi casa en torno de expósitos, ni me confundas con hermana tornera...

LA GITANILLA.— (*Susurra algo a uno que está apartado y que se acerca a ella. No es otro que aquel RINCONETE, el supuesto aguador, que trae un farol encendido en la mano.*) Si no quiere escuchar a Preciosilla la gitana, escuche a mi novio, que ha decirle unas palabritas, don Miguel...

*(Al oír esto, DON MIGUEL, llevado por su imperiosa curiosidad, vuelve a la reja.)*

DON MIGUEL.— Hola..., de nuevo estás aquí, buena pieza...

RINCONETE.— Rinconete soy, señor de Cervantes, aquel que vuesa merced conoció de niño por los caminos de Babilonia...

DON MIGUEL.— Ah, pícaro, por fin te desmientes. Luego reconoces que me engañabas...

RINCONETE.— Sí, señor. Rinconete soy, que me viene sirviendo a mi señor Monipodio desde Babilonia...

DON MIGUEL.— Mis columbres no me engañaban...

LA GITANILLA.— Pero escuche agora nuestra súplica. Anda, Rinconete, habla y no te muerdas la mui...

RINCONETE.— Señor de Cervantes, en nombre de aquel Rinconete a quien vuesa merced socorrió, escuche el final de mi historia...

DON MIGUEL.— (*Muy satisfecho.*) Te escucho...

RINCONETE.— Si es cierto que me vine a la corte sirviendo a Monipodio, luego de cumplir en las gurapas los cinco años a que me condenaron, también es cierto, señor de Cervantes, que el azar ha puesto en mi camino

la estrella polar que no pocas veces al naufrago ayuda a salvarse del proceloso mar...

DON MIGUEL.— Buena parla usas, Rinconetillo...

RINCONETE.— (*Imperturbable.*) Y es, ni más ni menos, que vengo a desposarme con aquesta gitaniella...

LA GITANIELLA.— Y mire cómo viene a cumplirse el cuento, don Miguelito...

DON MIGUEL.— Pues que Dios os bendiga y multiplique vuestra decencia, que ya habéis empezado con uno antes de pasar por el sacramento...

LA GITANIELLA.— (*Quitando la palabra a RINCONETE.*) Eso sí que no, don Miguelito, que yo le juro y perjuro, así Undivé me salve, que aqueste niño no es nuestro...

DON MIGUEL.— Pues ¿de quién ha de ser si no?

RINCONETE.— Dejemos agora el pleito de la criatura y sigamos con lo nuestro, que aún no está dicho todo, Don Miguel...

DON MIGUEL.— ¿Hay más todavía? ¿Acaso mi amigo Rinconete ha resuelto ser de sangre noble como aquel de mi cuento?

LA GITANIELLA.— (*Siempre con el NIÑO en brazos.*) Déjele que se explique, don Miguel y no sea malo, por la Virgen bendita...

DON MIGUEL.— Habla, te escucho. Ya sabes que me gusta oír tus...

RINCONETE.— (*Cortándole.*) No preciso de muchas palabras. Ahí va lo que tengo que decir: que ando perseguido por la justicia...

DON MIGUEL.— ¿Cuándo no?...

RINCONETE.— Y preciso que su merced me abone, como hizo aquesta mañana, afirmando que soy Agustín el de las Peñuelas, aguador jurado de la villa...

DON MIGUEL.— Ah, gran pícaro...

RINCONETE.— Y si así nos hiciera, tendrá que ver su merced cómo el pícaro Rinconete toma a las gurapas, luego de pasear las calles como mi maestro. Y la Preciosilla se queda para vestir imágenes...

LA GITANIELLA.— Y yo no quiero eso, por más que mi novio sea payo...

DON MIGUEL.— Y el niño quedaría huérfano...

LA GITANIELLA.— Otra que le dio... Que el niño no es nuestro, don Miguelito...

DON MIGUEL.— Pues ¿de quién ha de ser?

LA GITANIELLA.— Habrá caído del cielo, don Miguelito...

RINCONETE.— O habrá salido de las piedras...

DON MIGUEL.— No es otro sino el hijo de la Preciosilla la gitana y Rinconete, o, por mejor decir, de Agustín el de las Peñuelas, aguador de la villa...

LA GITANIELLA.— Será como su merced dice...

DON MIGUEL.— Lo que yo digo es que no he de abonar a favor de ti, como no reconozcáis vuestro a aqueste niño del cielo, o de la piedra...

LA GITANILLA.— (*Volviéndose con grandes aspavientos a su oíslo.*) Pero ¿oyes tal cosa, Agustinillo?

RINCONETE.— Por mi parte he de decir que si don Miguel me salva de la justicia testimoniando a mi favor y alcanzamos a casarnos como Dios y nuestra religión mandan, por parte mía no habré de poner reparos a prohijar al hijo de la piedra o de la calle...

DON MIGUEL.— Así me place oírte, Agustinillo...

LA GITANILLA.— (*Muy alegre.*) Y mira por dónde don Miguelito va a ser el padrino de aquéste y los otros que vinieren. Choca la mano, compadre de mi alma... (*Coge la mano del viejo y vuelve a besarla.*)

RINCONETE.— ¿Así que su merced está dispuesto a abonar por mí que soy?...

DON MIGUEL.— (*Ya muy animado.*) Agustinillo, Agustinillo el de las Peñuelas, aguador de oficio, cristiano viejo sin mancha de marrano, ni de erasmista, ni de nicodemita, ni de quietista, ni de iluminado, ni de...

LA GITANILLA.— Ay, don Miguelito, ¿por qué le insulta así al probecito, ni qué mal le hizo?

RINCONETE.— No son insultos, Preciosilla, sino calificativos «in dubio» para probar «per exclusio» mi limpio y claro expediente de sangre...

LA GITANILLA.— (*Asombrada.*) Oh...

DON MIGUEL.— (*Riendo.*) Ay, Rinconete, que habías de ser supuesto en Salamanca más que aguador de la villa...

RINCONETE.— Todo ha de andarse con Dios y el tiempo, y que su merced lo vea...

LA GITANILLA.— Ea, pues no se hable más. Preciosilla se desposa con Agustinillo, siendo padrino don Miguel de Cervantes Saavedra, anda y chúpate esa... Y recoge a aqueste hijo de la calle, o de la piedra, a quien su merced ha de poner nombre agora...

DON MIGUEL.— ¿Yo he de poner nombre al niño? ¿Cuándo he tenido tan siquiera las órdenes de diácono?

LA GITANILLA.— Órdenes, órdenes. Su merced, para mí, como si fuera el papa de Roma. Ande, don Miguel, que todo se andará, y agora menester es que ponga un nombre al hijo que su merced nos ha regalado...

*(La GITANILLA tiende el monigote, bajo la luz de la luna, en la clara noche madrileña. DON MIGUEL parece reconcentrarse.)*

DON MIGUEL.— Sea. Si así lo queréis... Mirad cómo habéis de llamar a aqueste hijo de la piedra...

RINCONETE.— Diga su merced...

DON MIGUEL.— Pedro de Urdemalas, porque así de malas ha de hurdir las...

LA GITANILLA.— Así sea. Pedro de Urdemalas. Y viva tu madre y viva tu padre y tu abuelo. Y viva tu padrino. Qué madre, qué padre, qué abuelo..., a ser vos señores cantáredes triunfos... (*Bailoteando alegre con la criatura.*) Y asín, pisaré yo el polvo atán menudito, pisarelo yo atán menudó, atán menudó...

*(Rinconete ha empezado a acompañar con palmas el baile de PRECIOSILLA. La gente, atraída por el jolgorio, va llegando ante la reja del manco.)*

LA HABLADORA.— (*Que ha sido la primera en acudir.*) ¿Qué pasa? ¿Ya hay bautizo? ¿Qué nombre han puesto a la criatura? ¿Y quién es la madre y quién es el padre y quién es...?

DON MIGUEL.— (*Eufórico.*) La piedra es el padre, la calle es la madre y tú eres la...

*(El nuevo tumulto de voces impide oír la última palabra del manco.)*

LA CAMACHA.— ¿Qué nuevo escándalo hay en la calle? Será otra vez esa Cristinica de todos los demonios...

CRISTINICA.— (*Que acaba de aparecer, se enfrenta con la CAMACHA.*) Hijo de Preciosilla la gitana es. Entérese, so bruja...

LA GITANILLA.— (*Protestando.*) ¿Hijo mío?

DON MIGUEL.— (*Reconviniéndola.*) Acuerda lo que hemos convenido, Preciosilla...

LA GITANILLA.— (*Volviendo a bailar con la criatura en brazos.*) Sea... Por aqueste Pedro pisaré yo el polvo atán menudito...

*(Ya han salido el vecino y la vecina, el SACRISTÁN, el BARBERO, EL QUE PIDE ACEITE PARA LA LÁMPARA DE SANTA LUCÍA y, en suma, el barrio entero, que sin enterarse bien de lo que sucede se une al jolgorio.)*

LA CAMACHA.— (*Santiguándose.*) Bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios...

LA HABLADORA.— Boda y bautizo a un tiempo, entérese comadre y vea en lo que han parado los tiempos con tanta predicación de Erasmo...

TOMÁS RODAJA.— (*A RINCONETE y PRECIOSILLA.*) Pues yo, Tomás Rodaja, digo que he de bailar con vosotros la zarabanda para celebrar el festejo...

LA GITANILLA.— Ay, don Tomás, ¿y si se nos quiebra?

TOMÁS RODAJA.— No habré de quebrarme, que soy un vidrio especial... (*Bailotea un poco.*)

EL DE SANTA LUCÍA.— Den por Dios para la lámpara del aceite de la SEÑORA SANTA LUCÍA...

FURRIEL.— Anda ya con tu lámpara...

EL DE SANTA LUCÍA.— Cállese y no vuelva a estorbarme ex-illis...

FURRIEL.— (*Corriendo tras él.*) ¿Qué has dicho? Repite eso...

CRISTINICA.— (*Gritando.*) ¿Pues aún han de continuar vuestras pependencias, malditos luteranos?

LA CAMACHA.— (*A CRISTINICA.*) Y tú, ¿para cuándo dejas la bendición, perdida? Ya puedes insultar a los otros...

CRISTINICA.— (*Abalanzándose sobre ella.*) He de soltarla los moños, marrana...

*(Se traban las dos mujeres y acuden todos a separarlas. Se organiza un nuevo campo de Agramante, ya que el FURRIEL sigue persiguiendo a EL DE SANTA LUCÍA. Hasta que aparece un ALGUACIL.)*

ALGUACIL.— (*Con voz autoritaria.*) Ténganse todos, ténganse todos, por Dios vivo y la Santísima Trinidad... Y sepa yo que aquesto... ¿Qué campo de Agramante es aquéste?

DON MIGUEL.— (*Cuando se ha acallado un poco el entrevero.*) Mire, señor alguacil, que...

LA GITANILLA.— (*Adelantándose.*) Déjeme que yo se lo explique, don Miguelito. Que quiero que me oigan todos. Óiganme y tengan paciencia, que he de contarles un cuento... (*Murmillos de curiosidad y silencio.*) Pues verán sus mercedes lo que aconteció a aquesta Preciosilla la gitana, conocida por limpia y honrada en toda la villa (*Voces aisladas: «Sí, sí, honrada... Buena lagarta es...».*) Pues que don Miguel de Cervantes Saavedra, mi padre, mi abuelo y agora padrino, porque para mí ha sido

siempre eso y mucho más, que hombre más grande no lo hay en la Tierra... (*Murmullos.*) Pues digo que ha tiempo me hizo una profecía, y era la tal profecía que habría de desposarme con un hombre honrado payo, y el payo luego habría de ser noble...

LA CAMACHA.— Ay, que van a resultar las bodas del Duque del Infantado...

ALGUACIL.— (*Severo.*) Calle y deje hablar a la mochacha...

LA GITANILLA.— Pues ya está. Colorín colorao. Sólo que mi novio aquí presente, Agustín el de las Peñuelas, aguador honrado como pocos si los hay, (*Nuevos murmullos.*) no ha resultado noble, sino gitano como ésta que lo es y muy guapo... (*Le da un sonoro beso.*) Y viva la madre que parió a don Miguel de Cervantes, que va a apadrinar aqueste mozo que es el hijo de...

TODOS.— (*Cortándola.*) ¿De quiéeen?

LA GITANILLA.— El hijo de la piedra...

RINCONETE.— Olé...

DON MIGUEL.— El hijo del pueblo. Vuestro hijo, vecinos... (*Gran jolgorio y bailoteo.*)

ALGUACIL.— (*Emocionado.*) Pues no se hable más, que estando presente don Miguel y abona como cierto el hecho...

DON MIGUEL.— Sí que lo abono, y con gusto apadrino a la criatura y a la pareja...

LA GITANILLA.— Viva don Miguel de Cervantes...

ALGUACIL.— Pues agora toca sino sacar dos buenos pellejos de vino con que celebrar todos el acontecimiento..., y la justicia, encarnada en mi persona, se une con placer a la fiesta...

TOMÁS RODAJA.— Viva la novia y viva el novio...

TODOS.— Viva...

RINCONETE.— Y viva el padrino, don Miguel de Cervantes...

TODOS.— Viva...

ALGUACIL.— Y agora quiero verles a todos saltar y bailar por la gloria de Dios y de Undivé juntos...

*(Ya han aportado los pellejos de vino y todos beben olvidados de pendencias.)*

LA GITANILLA.— (*Que ha entregado el NIÑO a su RINCONETE.*) Agora he de bailar con mi compadre. Ea, don Miguelito, salga ya de esa cueva, que yo he de ser la... ésa, ¿cómo se llamaba?



DON MIGUEL.— La Proserpina...

LA GITANILLA.— (*Metiendo las manos entre la reja.*) Pues esa Josefina soy y ya está su merced en la calle, que lo quiero ver saltar y bailar...

TODOS.— Que baile, que baile el padrino, que no se le gaste el vino...

(DON MIGUEL *se resiste. Al fin desciende la reja hasta desaparecer y la vivienda de don Miguel queda confundida con la misma calle, donde todos cantan y bailan.*

DON MIGUEL y PRECIOSILLA, *que ha cogido su pandero, en el centro coreados por las palmas.*)

LA GITANILLA.— Ea, don Miguelito, vamos con ese estribillo.

DON MIGUEL.— (*Con voz cascada de vejete verde.*)

Pisaré yo el polvo  
atán menudico...

LA GITANILLA.— (*Taconeando.*)

Pisarelo yo  
atán menudó,  
atán menudó...

TODOS.— Pisaré yo el polvo atán menudico...

LA GITANILLA.— (*Contoneándose.*)

Pisarelo yo  
atán menudó,  
atán menudó...

(*Bailan todos el estribillo alternándose con la GITANILLA entre gran alborozo de vivas a Madrid, vivas a CERVANTES y otros vivas hasta que la escena queda a oscuras. Cuando vuelve a hacerse la luz todos han desaparecido. DON MIGUEL sigue en la calle sentado bajo un cuajarón de luna, rodeado de silencio, contemplando las estrellas. Y no hay reja, ni casa. CERVANTES está a la intemperie.*)

DON MIGUEL.— *(Hablando muy lentamente.)* Las ansias crecen, las esperanzas menguan. Heme aquí ya con el pie en el estribo... *(Vuelve a mirar las estrellas.)* Hora es ya de partir hacia el lugar en que el Señor sea servido... Larga y hermosa fue aquesta jornada y harto de trabajo me cuesta agora abandonararte, pueblo mío, si no fuera porque el gallo anuncia la aurora... Aquí os dejo, criaturas mías, pero con vosotros quedará mi alma, aquesta alma ansiosa siempre. No me resta sino agradeceros, criaturas mías, el amor de que poblasteis mi vida... *(Mirando hacia el fondo de la calle.)* Mas ya veo que llega por ahí mi buen amigo Sancho y hora es ya de partir...

*(Efectivamente, aparece SANCHO PANZA, que le ayuda a incorporarse.)*

SANCHO PANZA.— Señor, que ya es llegada la del alba y tenemos de partir. Apresúrese su merced, que ya tengo aparejado a Rocinante...

DON MIGUEL.— Rocinante... Vamos allá, mi buen Sancho...

SANCHO.— *(Que va sacando lentamente a CERVANTES a través de la escena.)* Rato ha que los gallos cantaron, señor, y quedan muchas leguas por recorrer si queremos arribar donde queremos antes de que el Señor oscurezca...

DON MIGUEL.— *(Susurrante.)* Antes de que el Señor oscurezca...

SANCHO.— Y anímese, mi señor, que aún tenemos de alcanzar juntos muchas jornadas y largo tenemos de colokuar en nuestra lengua romance. Vos con vuestra sabiduría y yo con los refranes de mi pueblo... Largo vamos a platicar, señor... Y mire que ya está apuntando el alba...

*(En efecto, amanece y la escena se cubre de una luz irreal, suave y azulada, cuando el gallo canta alegre y el pandero de PRECIOSILLA la gitana repiquetea a lo lejos. DON MIGUEL y SANCHO se pierden entre la niebla mañanera de un día de abril de 1916.)*